

la Revista Blanca



Colaboradores

Soledad Gustavo

Luisa Michel

Pedro Dorado

F. Giner de los Ríos

Juan Giné y Partagás

Pompeyo Gener

U. González Serrano

José Esquerdo

A. Sánchez Pérez

Fernando Tarrida

Francisco Salazar

Manuel Cossío

Carlos Malato

Miguel Unamuno

Anselmo Lorenzo

Fermín Salvochea

Ricardo Mella

Jaime Brossa

Ricardo Rubio

Pedro Corominas

José Nakens

Nicolás Estévanez

Doctor Boudín

Donato Luben

P. Kropotkin

Elíseo Reclus

Serente,

Federico Urales

Administración:

1, CRISTÓBAL BORDÍU, 1

Madrid.



Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas. uno.
LA SOCIEDAD FUTURA, por Soledad Gustavo, 20 céntimos.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
SOCIOLOGÍA ANARQUISTA, por J. Montseny, 75 céntimos.
EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES, por A. Hamon, 1 peseta.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
EL AMOR LIBRE, VI capítulo del libro, por ídem, 35 céntimos.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
Á LOS JÓVENES, por P. Kropotkin, 10 céntimos.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
APROPÓSITO DE UN REGICIDIO, por Pedro Esteve, 30 céntimos.
NI DIOS NI PATRIA, por Benjamín Mota, 20 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA, por Arana, 35 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
LA ANARQUÍA ANTE LOS TRIBUNALES, por Pedro Gori, 35 céntimos.
LA MEDICINA Y EL PROLETARIADO, por Arana, 30 céntimos.
¿DÓNDE ESTÁ DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JÁRDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 77.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDIU, 1.—MADRID

1.º Septiembre de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Ideas propias*, por Donato Luben.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.
CIENCIA Y ARTE: *Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Se volvieron las tornas*, por William Morris.—*Paris*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Los frailes y las monjas en Portugal*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Cuestión palpitante*, por Antonio Cruz.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

No hemos separado la filosofía mística de la escolástica, estudiándola en capítulo aparte, porque las consideramos hijas de un mismo predominio intelectual (el religioso-teológico), y porque separadas no daban materia para un capítulo, no por falta de extensión, sino por falta de intensidad. En España no hay reforma religiosa ni revolución filosófica; el catolicismo en religión y el escolasticismo en filosofía, ahogan los ecos de aquellas dos inmensas corrientes que salvaron á la humanidad de un gran naufragio, y como hasta muy cerca del siglo pasado no se manifiestan en este país las corrientes de la filosofía y de la ciencia, nos vemos imposibilitados de dividir la filosofía en antigua, moderna y contemporánea, cuadrando más la división de antigua y contemporánea únicamente.

Hemos creído conveniente, siguiendo los caminos que nos trazaba la filosofía española, dividirla en mística desde Lull á fray Luis de León, y en meramente escolástica unas veces y experimental otras, desde Luis Vives al padre Feijóo, aunque nos veamos precisados á pasar por delante de muchos lunares, y de dar carácter de filósofos á escritores moralistas.

*
*
*

En la historia del pensamiento á menudo se repite este fenómeno. La exageración de un sentimiento precede inmediatamente á su muerte. Así el *escolasticismo místico* floreció cuando se habían echado las raíces del *renacimiento filosófico*, tan unido al *renacimiento literario y científico*.

La filosofía escolástica fué sepultada por el nacimiento de la verdadera ciencia física y astronómica, que había de modificar, y modificó por completo, las opiniones que se basaban en aquellas falsas ciencias. Y aquí se nos ocurre la siguiente duda: el pensamiento que informa todo adelanto científico, ¿es acaso un pensamiento filosófico? Si Copérnico no hubiese dudado de la ciencia religiosa de su tiempo y de la filosofía de sus contemporáneos, ¿hubiera descubierto el sistema planetario que lleva su nombre? Si Colón hubiera

creído que la tierra era una superficie plana, ¿hubiese buscado por el Occidente un camino para ir á la India? Suponemos que no, y esta suposición nos induce á sospechar que la filosofía es la base de la ciencia.

Grandes y bellísimas revoluciones se llevaron á cabo contra el último período de la escolástica. La revolución física, que representaba Newton; la revolución astronómica, que encarnaron Copérnico, Galileo y Kleper; la revolución geográfica, que representó Cristobal Colón; la revolución literaria, que halló su cerebro en Guttenberg, y la revolución filosófica, que tuvo por apóstoles á Bacon, Descartes, etc., amén del desarrollo científico é industrial que un poco más tarde inició Fulton.

Las iniciativas humanas y los talentos se confundieron y ayudaron para acabar con aquella filosofía, que no pasó de teología, y de la cual se ha dicho que en ella todas las abstracciones y todos los sofismas encontraron un defensor y una forma.

¿Qué papel desempeñaba España en esta noble lucha contra todas las tiranías y preocupaciones antiguas? Ninguno. España fué el baluarte precisamente de la idea que combatían la revolución religiosa, filosófica y científica desarrolladas en otros países. Vives, español, era una gran potencia en la época revolucionaria que citamos, pero lo era en Inglaterra, donde educaba reyes, ó en Francia, donde explicaba su sistema. En España no conocemos más que el reflejo de Vives. Ordenemos nuestro estudio.

* * *

No sabemos de ningún hecho histórico que no tenga su proceso y su justificación. A la revolución francesa de la clase media corresponde la degradación de la nobleza y el rebajamiento del trono. A la revolución religiosa precede la inmoralidad de los clérigos y el libertinaje del papado. Y ambos hechos ofrecen, además, semejanzas psíquicas por lo que á sus principales factores se refiere. La revolución política es la obra de Voltaire y su corte de amigos, y la revolución religiosa es la obra de Erasmo y su cortejo de admiradores y discípulos, espíritus refinados y escépticos que se introducen hasta en aquello que piensan combatir y destruir; que se burlan de todos y de todo, y escapan, con su ingenio prodigioso y osado, del poder temible del trono y del altar. Difícilmente se encontrarán en la historia personajes tan idénticos como Erasmo y Voltaire, así en el papel que desempeñaron en la historia de la humanidad, como en sus condiciones personales.

Al presentarse Lutero, espíritu recto y doctrinario, la revolución religiosa estaba hecha en las conciencias, así como al presentarse Danton, la revolución francesa no esperaba más que el empuje de la osadía. Y además; así como el espíritu de Cromwell estaba en París alentando á Robespierre, Marat y Danton; el espíritu de Pelagio, Orígenes y Arrio estaban en Wittemberg alentando á Lutero, y en París alentando á Erasmo. El eco de aquellos tres impugnadores del cristianismo inverosímil, antinatural y aparatoso, repercutió en Erasmo, precursor de la revolución religiosa, y en Lutero, brazo ejecutor de la misma. Tan pronto al espíritu filosófico le fué permitido manifestarse, no tanto por la libertad de pensamiento, cuanto por los abusos, crímenes y lujurias de clérigos y papas, que sembraron el descontento entre los caracteres austeros y permitieron que se les censurase por no tener fuerza para impedirlo, ¡tanta era la enormidad de la propia culpa!; cayeron sobre la escolástica y sobre la misma religión católica las hermosas obras del libre examen. Y el catolicismo y la escolástica habían de ser atacados por dos de sus lados más flacos: la razón y la austeridad, que desaparecieron del cristianismo. De la austeridad echó mano Lutero para combatir á Roma; de la razón se valió Erasmo para destruir el escolasticismo.

Hablaremos aquí un poco de la Reforma y de la orientación filosófica erasmoniana, pues tuvieron propagandistas y maestros españoles como Valdés y Vives, que defendieron y propagaron las nuevas ideas con gran provecho y mejor integridad que sus propios iniciadores, y hablaremos de la Reforma religiosa más para justificar la carencia de filósofos españoles en la época del Renacimiento, que por creer que es necesario discutir la lucha religiosa en un libro de filosofía.

El espíritu escéptico, y en cierto modo burlón, de Erasmo, halló en el estado inmoral de las órdenes religiosas, á las cuales pertenecía, terreno abonado para su crítica acerba. Contemporáneo de Lutero, pero más viejo que el iniciador de la Reforma, no pertenecía de lleno al catolicismo ni se entregaba á los reformistas, aunque ambos bandos fuesen víctimas del temperamento inquieto, altanero y mortificante de Erasmo. Se burló de lo humano y lo divino, llegando á decir que sólo los tontos podían ser cristianos, y deslizaba en sus obras palabras y conceptos que ponían en duda la virginidad de María, la divinidad de Jesús y la *consustancialidad* con su padre. Repárase en la identidad filosófica que constituye el cristianismo de Erasmo con el de los tres impugnadores primitivos de la doctrina cristiana. Se intenta dotar á la religión de Cristo de la lógica, naturalidad y sencillez de que carece, resucitando, ó, mejor dicho, renaciendo las ideas de Arrio, Pelagio y Orígenes, que quisieron separar de la doctrina aquello que necesita de la fe y del milagro para ser tenido en cuenta. Lo que no se permitió á los tres filósofos nombrados, se le permitió y toleró á Erasmo, no por benignidad ni por liberalidad, sino porque en la época de Erasmo, el catolicismo se desmoronaba, y no convenía extremar demasiado las cosas. Fustigó á los reformistas «porque la verdad insidiosa le molestaba», y los reformistas, tan severos poco después con Servet, respetaron á Erasmo, confiando atraérselo algún día. Combatió á la religión católica y á sus ministros, de quienes dijo que hicieron buena la inmoralidad de la Roma pagana, y los católicos, para no ahuyentarlo de su causa, no quisieron ver las herejías que encerraban los libros de Erasmo. Así se lo dijo el papa Clemente VI á fray Ginés de Sepúlveda elogiando la moderación con que en *Autoflogia* había combatido á Erasmo. De esta suerte, un espíritu verdaderamente herético, más peligroso que el mismo Arrio, porque era menos franco, íntegro y serio, recibió mercedes de los papas y del mismo Carlos V, el mayor enemigo de la Reforma.

No era Erasmo un pensador, pero se distinguía como polemista y por las filípicas que escribió contra la inmoralidad y la ignorancia de los frailes. Además, en su literatura, pulcra y amena, se deslizaban ideas que, si bien no eran suyas, constituían una bandera filosófica que se dirigía, como queda dicho, al libre examen y á la naturalidad y sencillez de la religión. Y esto le valió, por una parte, la enemiga de los frailes, y por otra la amistad y el apoyo de los espíritus refinados, cultos y vírgenes en achaques de inmoralidad religiosa, colectiva é individual. La influencia de las órdenes religiosas estuvo varias veces á punto de lograr que el inquisidor mayor se convirtiese en enemigo de Erasmo, de protector suyo que era. No lo lograron, sin embargo, gracias á las sutilezas y al gracejo de Erasmo, cualidad que le granjeó las simpatías de los secretarios de dicho inquisidor, los cuales, en muchos de los litigios que se presentaron al consejo de la inquisición contra Erasmo, hicieron la parte de éste. Por supuesto que en caso de peligro la puerta del Norte estaba abierta para nuestro autor, pues el elector de Sajonia lo hubiese recibido con mil amores; pero esta solución no convenía á Erasmo, amante, ante todo y sobre todo, de su popularidad, de la circulación de sus libros y del afán que sentía por meterse en todas partes y ser bien quisto en ellas. Muerto Erasmo, cuyo fallecimiento correspondió con el de Alonso Fonseca, inquisidor mayor, el partido contrario ganó influencia en los con-

sejos de la inquisición, y prohibió la circulación de todos los libros de Erasmo, persiguiendo además á sus partidarios, entre los cuales se contaban personas tan ilustres y distinguidas como los hermanos Vergaras, validos de dicho Fonseca; Mateo Pascual, catedrático de la Universidad de Alcalá; Pedro de Lerma, decano de Teología en la Sorbona de París, y otros, cuya lista sería larga y no por esto completa.

La represión brutal que siguió á la muerte de Erasmo sirvió para engrandecer la Reforma, siendo tal el pavor que se apoderó de las conciencias, que los nobles y señores que tenían sus hijos á estudiar en el extranjero, los retiraron de los centros docentes para que no se contaminaran de las herejías que habían invadido las Universidades de otras naciones y no fuesen víctimas de la persecución inquisitorial. Algunos de los partidarios de Erasmo, se detractaron públicamente de sus ideas obedeciendo á fuerza mayor; otros prefirieron la muerte, y unos pocos, entre ellos Juan Valdés, se pasaron á la Reforma, cuyo génesis es la purificación y sencillez de las costumbres religiosas, separando de ellas la adoración á los santos, la indulgencia y el purgatorio. Entonces fué cuando la España se hundió para siempre filosóficamente, pues los pensadores españoles, que estudiaremos por ser dignos de estudio, vivieron en el extranjero, y los que no, murieron en la hoguera.

Haremos esta pequeña narración, que más pertenece á la historia religiosa que á la filosófica, para preparar el terreno á Luis Vives, gran amigo de Erasmo y continuador de su idea teológica, aunque más sincero y más profundo, y nos atrevemos á decir que más positivista, y para explicar por qué España no produjo pensadores durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Se quiso sofocar la revolución á la muerte de Erasmo, pero ya era tarde. Sus libros habían hecho muchos adeptos en España, y aunque no se dirigían francamente contra Roma, eran, sin embargo, lo suficiente heréticos para trillar el camino á las predicaciones de los reformistas. La palabra de fuego de Lutero y las escandalosas indulgencias de León X hicieron lo demás.

Hablaremos primero de Juan Valdés. Era éste hermano de Alfonso, secretario real en la corte de Carlos V, que se preciaba de leer y comentar los libros de Erasmo, y que ganó para éste una pensión real. Juan trabó amistad con Erasmo por medio de su hermano mayor Alfonso, dedicándose al estudio de la Teología. Joven aún, se estableció en Nápoles, y allí, junto con un fraile llamado Ochino, de costumbres austeras y de palabra fácil y arrebatadora, y en compañía de la encantadora marquesa de Pescara, secundados por personas de igual alcurnia, diligencia y saber, formaron un cenáculo donde explicaba Valdés las Sagradas Escrituras, interpretándolas en sentido sencillo, reformista. Un día Ochino predicó sobre el mismo tema en una iglesia de Nápoles, y como tenía fama de gran orador, Carlos V, á la sazón en Italia, mostró deseos de oírle. Fué á la iglesia con su corte y su confesor, y después del sermón Carlos hubo de decir que había notado en el orador algunas palabras sospechosas. Bastaron éstas para que se abriese una información, al objeto de saber si Ochino estaba en connivencia con los protestantes. Como las conferencias de Valdés se daban secretamente y en una hermosa finca de la de Pescara, la policía del emperador no pudo saber si el capuchino andaba en relaciones con los protestantes.

Valdés llegó, con sus especulaciones teológico filosóficas, más allá que los protestantes, propiamente llamados así, y constituyó, dentro de la protesta general que movía los espíritus de entonces, una especie de capilla de carácter místico casi panteísta.

Muerto Valdés, descubriose el cenáculo, y los familiares del virrey D. Pedro de Toledo entraron á sangre y fuego en las conciencias. Sabedor de todo Carlos V, pensó establecer

la inquisición en Nápoles, lo que no pudo conseguir por las protestas del pueblo. No por eso se libraron los herejes del castigo imperial, y los que no traspasaron los Alpes murieron malamente.

Uno de los que pudo huir al descubrirse la cátedra secreta de Valdés, fué Ochino, el cual, cuando se vió sano y salvo en *tierra firme*, escribió á la marquesa de Pescara en estos términos: «He dejado Italia porque no tengo vocación de arrojarme voluntariamente á la muerte. Y después, ¿qué he de hacer yo en Italia? Predicar tildado de sospechoso, y predicar un Cristo adulterado para satisfacer la superstición del mundo. Si San Pablo se hubiese visto en mi caso, hubiera hecho lo mismo». Se habla aquí de un Cristo adulterado, y es porque los valdesianos lo concebían pobre, humilde, justificando la gracia por su sola presencia, y en punto á la unidad de las tres personas divinas, la hacían objeto de sus dudas, y no creían ni en la virginidad de María, ni, por consiguiente, en el milagro de la Concepción. No llegaron donde Arrio llegó, pero no le andaban muy lejos. Valdés dice en *Diez consideraciones divinas* que todos los hombres somos semejantes á Dios, como Cristo. Luego para Valdés, como para Arrio, Cristo no es Dios, doctrina completamente en pugna con los unionistas y apologistas que organizaron el concilio de Nicea.

Fuera de España había además varios reformistas españoles, algunos de los cuales murieron víctimas de la inquisición romana ó asesinados por los poderes católicos reales.

Juan Díaz, hijo de Cuenca, como los hermanos Valdés, estudió en París, y allí, oyendo á los nuevos teólogos, abrazó la Reforma. Un hermano mayor, de influencia en la corte de Carlos V, quiso atraerlo de nuevo al catolicismo, y no pudiéndolo lograr, lo asesinó, convencido, por su fanatismo, de que era preferible la muerte á la herejía. Jaime Enzina, natural de Burgos, también estudió en París, y fué quemado en Roma por la inquisición. Francisco de San Román, también natural de Burgos, era mercader, y por sus negocios hubo de ir á Alemania; allí abrazó la Reforma, dándose al estudio de la Teología después de un sermón que oyó en Brema de labios de Jacobo Sprez, antiguo prior de los agustinos. Fué quemado vivo en Valladolid por la inquisición, adonde había ido para convertir al emperador. Francisco Enzina, natural de Burgos, estudió en la Universidad de Lovaina (Países Bajos), entonces muy famosa, de la cual era profesor Luis Vives. Tradujo al castellano el *Nuevo Testamento*, dándole una interpretación reformista, llamando ídolos á los santos. El autor dedicó el libro á Carlos V; éste quiso verle antes de dar el permiso para imprimirlo, y cuando lo tuvo en su poder, lo entregó á su confesor, Pedro de Soto, para que lo examinara. Soto llamó á Enzina para decirle que no publicara aquella traducción y que no continuara por el camino emprendido. Al salir de esta conferencia, como no se mostrara muy dispuesto á acceder á las *indicaciones* del confesor del rey, fué preso.

A pesar de todo, la Reforma encontró eco en Valladolid y en Sevilla, y lo encontró en aquellas inteligencias más sencillamente religiosas. En Valladolid fueron quemadas vivas el doctor Agustín Cazalla, Beatriz Vibero, su hermano Juan Vibero, otra hermana, Constanza Vibero; á la madre, muerta muchos años ha, se la desenterró y quemó los huesos. Fueron quemados vivos también Alonso Pérez, clérigo de Palencia, y otras muchas damas y caballeros hasta el número de 27, amén de otras víctimas condenadas á reclusión perpetua y al martirio. Más tarde, en Valladolid mismo, fueron quemados por luteranos Carlos de Seso y Fr. Domingo C. Rojas, acompañados de otros clérigos y monjas.

El año 1559 se quemaron en Sevilla 21 herejes, y un año después 14 más, todos por

haber leído libros protestantes ó por haber pronunciado palabras favorables á la Reforma. El terror se extendió por todos los dominios españoles, y las inteligencias sucumbieron en aquella espesa capa de humo, ceniza y sangre que envolvía la nación. La filosofía dejó de existir para España. Sólo el catolicismo y la escolástica poseían la verdad, y las inteligencias que las contradecían habían de perecer ó huir de España si tenían manera y tiempo.



La bandera del libre examen, enarbolada contra la degradación de Roma para discutir y censurar los actos del Papa, sirvió después para discutir y censurar así los actos de los reformistas, como los fundamentos de su doctrina. El pensamiento no puede detenerse en mitad del camino, y todos los que se rebelan contra el principio de autoridad, en cualquier orden que sea, ó llegan hasta la última consecuencia, que es, en el orden religioso, el ateísmo, y en el político, la anarquía, ó han de convertirse en nuevos tiranos y nuevos señores. Esto les sucedió á Lutero y á Calvino. Se rebelaron contra el Papa, no en nombre de la verdad, ni para la verdad, sino en nombre de la pureza ó restitución del verdadero cristianismo, resucitando las teorías de Pelagio, Orígenes, y sobre todo, de Arrio; pero no emanciparon el pensamiento de dogmas diversos y privilegios humanos: pobres los hay también en la Reforma; igualmente existen ainos.

Más clara, ó vedadamente, las ideas de los reformistas eran las de Arrio. Principiaron por invocar el libre examen para discutir al Papa, y cuando en honor de ese mismo libre examen hombres como Servet hallaron á Dios en el Universo y no quisieron hacerle servir para nuevos dogmas ó nuevas imposiciones, los protestantes se colocaron en el terreno intolerante de los romanos y emplearon contra los racionalistas que querían sacar de la doctrina reformista todas las consecuencias en pro de la emancipación é independencia del pensamiento, los mismos procedimientos que los católicos empleaban contra los que discutían sus jefes, sus obras y sus ritos.

Servet, amigo al principio de los reformistas y de Calvino en particular, con quien estudió en París, se separó de ellos por parecerle que no andaban más que la mitad del camino. El famoso médico, antes de darse al estudio de la medicina, se había dedicado á la teología, y entablado discusiones con Calvino sobre el tema *Restitución del Cristianismo*. Un día se formalizó la controversia de una manera seria y formal á la que fueron invitados maestros y condiscípulos. Llegada la hora sólo compareció Calvino, porque Servet había sido preso cuando se disponía acudir á la cita. Por lo que después Calvino hizo contra Servet se comprende que no fué ajeno á la detención de su rival. Se separaron los dos enemigos, enemigos por carácter, alegre y expansivo el de Servet, serio y frío el de Calvino, y por sus ideas panteísta Servet y sólo reformista Calvino, yendo éste á Suiza y aquél andando errante por el mundo. En Lyon ejerció la profesión de corrector de pruebas, cargo que entonces necesitaba más conocimientos que ahora, puesto que se componía regularmente en latín, y además en francés, español y griego, idiomas que Servet conocía muy á perfección. Allí trabó relaciones con un médico, autor de cierto libro que corrigió Servet, y desde aquel instante se despertó en él el estudio de la medicina que hermanó notablemente con sus conocimientos teológicos y filosóficos, formando una doctrina radicalísima que lindaba con el ateísmo de tanto engrandecer la idea de Dios.

La obra principal de Servet fué *Restitución del Cristianismo ó volver el Cristianismo á su primitivo estado*. Servet veía á Dios en el universo, y en cuestiones de práctica religiosa estimaba que Cristo era un hombre superior, pero no hijo de Dios. En la contienda entre unitarios y trinitarios estuvo á igual distancia de unos que de otros, puesto que no dividía

ni representaba la idea de la divinidad. Escrito su libro *Restitución del Cristianismo*, envió un borrador á Calvino como cartel de desafío. Publicado el libro en una imprenta clandestina de Viena con el nombre de Miguel de Villanueva por haber nacido Servet en Villanueva de Sigüenza, Aragón, ó por ser oriundo de este pueblo, como dicen algunos autores, la censura eclesiástica andaba buscando al autor, y habiendo recaído sospecha de ser él, se le puso preso. Ante los jueces se defendió diciendo que él se llamaba Miguel Servet y no Villanueva, y ya el tribunal se disponía á excarcelarlo cuando Calvino por ciertos actos de diplomacia hizo llegar en poder de los jueces que habían de juzgar á Servet el borrador de la obra que éste le había enviado. Como el borrador no llevase firma y los jueces se mostrasen meticulosos en la condena, Calvino les remitió las cartas de controversia teológica que con Servet había sostenido particularmente. Ya no quedaba duda; la culpabilidad de Servet estaba plenamente probada; pero antes del día que había de fallarse la sentencia logró huir de la cárcel. Anduvo errante tres meses por el Sud de Austria, hasta que sin saber dónde iba ni dónde estaba, pobre y sucio, se encontró en Ginebra, donde ejercía la tiranía religiosa y política su rival Calvino. Servet, siempre confiado y valiente, asistió á una conferencia ó reunión que daba Calvino; éste reconoció á su enemigo y lo hizo prender y condenar á muerte. Hablamos en estos términos, porque si Calvino hubiese querido, Servet no habría sido condenado á morir quemado vivo y con leña fresca.

Muy simpática nos es la Reforma, á pesar de que creemos que sin ella el cristianismo ya no existiría, porque con la Reforma recibió nueva savia moral y filosófica, pero nos indigna sobremanera el acto realizado por Calvino que manchó para siempre con mancha imborrable la revolución religiosa y la Reforma en particular. Así lo han reconocido hasta escritores protestantes, y es bueno que hayan estimado indigno lo que hizo Calvino, porque de esta suerte demuestran merecer más consideraciones que los católicos. Entre el catolicismo y la Reforma, nos quedamos con la Reforma; entre ésta y Servet, nos quedamos con Servet; y entre Servet y Buchner, nos quedamos con Buchner, aunque éste con sus ideas materialistas no discurre más que sobre el entendimiento humano, dejando el cuerpo que se las entienda con los poseedores de la riqueza pública. Por eso á todos preferimos los anarquistas, enemigos de la autoridad humana y divina, y enemigos también de la explotación del hombre por el hombre y del acaparamiento de la tierra. Ambos términos emancipan al hombre completamente; lo emancipan de la tiranía que ejerce el cura con el nombre de Dios y de la que ejerce el amo con el nombre de la santidad de la patria.

Hecha la precedente narración histórica respecto la reforma religiosa y sus consecuencias para con el pensamiento español apagado en humo y sangre, continuaremos la evolución de la filosofía, tomando á Vives por punto de partida y á Feijóo por punto de llegada.

FEDERICO URALES.

IDEAS PROPIAS

En esta horrible Babel nefanda á que denominamos orden social, donde todo es injusto y arbitrario, inmoral y perturbador, siempre que surgen conflictos entre patronos y obreros, dase el caso anormal de que las autoridades, colocando todo el peso abrumador de los grandes medios coercitivos de que disponen, desde luego, abusivamente, en pro

de la causa de los capitalistas, se constituyan, voluntaria y servilmente, en el tremendo azote flagelador asesino del pueblo desheredado.

En tales circunstancias, cuando la huelga surge y con tal motivo entáblanse querellas más ó menos violentas entre los hombres del trabajo y los poseedores del capital, se persigue á los trabajadores so pretexto de garantir el orden público y la libertad del trabajo y se cometen, por las sendas personalidades jurídicas, militares ó gubernativas de que se constituye la trama autoritaria dominadora, toda clase de actos punibles, todo género de violencias legales, á fin de someter á los trabajadores por la fuerza y que así continúen siendo los amos omnipotentes de la situación los propietarios y los capitalistas. La inícuca parcialidad con que las autoridades constituidas proceden cuantas veces surgen conflictos entre los hombres del capital y los hombres del trabajo, es bien manifiesta y por nadie desconocida.

Las autoridades, en su afán arbitrario de servir á los poderosos, además de echar sobre el pueblo obrero todo el peso abrumador de las leyes y de la fuerza armada, en caso de huelga, facilitan á los patronos operarios, pero nunca se ha visto que se preocupen de proporcionar á los trabajadores campos, fábricas y talleres donde les sea dado procurarse trabajando lo necesario para hacer frente á las exigencias y abusos patronales.

Los patronos suelen sitiarse por hambre á los obreros, y esto que constituye el más infame, criminal y monstruoso de los atentados de lesa humanidad, parece muy bien á los que ejercen el poder social. Y mientras la gran infamia patronal se consume y el pueblo productor parece enloquecido por la miseria y la desesperación, las autoridades, haciendo criminal alarde de respeto al derecho y á la libertad individual, permanecen en actitud expectante, arma al brazo y ojo avizor, esperando que la miseria y el hambre rindan la *terquedad* de las masas obreras y que, *entrando en razón*, se sometan discrecionalmente al capricho de los explotadores, pues de lo contrario, si las muchedumbres hambrientas se desmandan, frenéticas de justo furor, rompiendo por todo, se lanzan airadas al motín y á la violencia en ese caso, y para reprimir con cruel energía las demasías de los rebeldes, ahí están las autoridades que, so pretexto de mantener el orden público y de proteger el sagrado derecho de propiedad, harán *uso prudente* de la fuerza armada y todo quedará satisfactoriamente arreglado en un *santi amén...*

*
*
*

La autoridad, parcial interpretadora de los derechos sociales, protectora y represora á un tiempo mismo con la propia ley que protege los privilegios del rico, recluye al pobre en las negruras de la esclavitud. No existe en el mundo, ni existir pudiera, monstruosidad que no haya sido perpetrada por los autoritarios para el fomento del predominio de clases.

Los mismos hombres deificados, los tenidos por redentores y salvadores de la Humanidad cristiana, como Jesús ó Mahoma, fueron sacrificados cruelmente ó padecieron persecuciones inicuas para satisfacer los instintos absorbentes del privilegio dominador.

*
*
*

Escudo de derecho llaman á la autoridad los panegiristas del régimen, y la autoridad, parcial y conculcadora, no reconoce, apoya ni hace respetar otros derechos sociales que no sean los derechos abusivos de que, con menoscabo evidente de la dignidad humana, gozan y abusan á sus anchas locas los poseedores del capital.

Llamar escudo de todo humano derecho á la autoridad y ver cómo la autoridad se conduce, siempre que se trata de ventilar cuestiones entre los hombres del trabajo y los

hombres del capital; asegurar que la autoridad es el fundamento sólido del orden social, y observar al propio tiempo las diarias iniquidades que la autoridad comete para someter al humillante servilismo de la explotación capitalista á la enorme masa humana desheredada del pueblo productor; afirmar que la autoridad es la salvaguardia de la libertad, de la civilización y del progreso y la garantía más firme del cumplimiento fiel de la justicia entre los hombres y estar contemplando los grandes desmanes, crímenes estupendos, actos de tiranización parcial é inicuas alevosías sociales que la autoridad comete diariamente para afirmar, sobre bases de opresión y engaño, la preponderancia social de los explotadores sobre los explotados; hacer, en fin, tamañas aseveraciones proclamando la suprema excelencia de la autoridad, cuando se ven y se palpan las funestas consecuencias de su gestión social, es, simplemente, ó la más cándida de las *ingenuidades*, ó la más perversa de las perfidias.

Pueden sí, pueden los entusiastas defensores del régimen, pueden proseguir, como hasta aquí, entonando himnos altisonantes en alabanza á la autoridad; pueden asegurar, si tal les place, con la elocuencia ramplona del efectismo afectado, que la autoridad es el escudo del derecho, el fundamento más sólido del orden social, la base más segura é incorruptible de la moralidad jurídica; pueden, los inspirados apologistas del actual orden social, pueden continuar prodigando, en honor á la autoridad, cuantos elogios ditirámicos les sugiera su estro desmedrado, que por más que se afanen, y por grandes, inmensas y elocuentes que resulten las actividades desplegadas para convencernos, en definitiva, nada habrán de conseguir los bellos ensalzadores de la autoridad, mientras veamos que por causa de la autoridad se hallan subvertidas y sacadas de quicio todas las cosas y que gracias sean dadas al poder humanicida de que la autoridad dispone cruel y arbitrariamente, en el orden social no hay paz ni sosiego, justicia ni libertad, ni se rinde culto á otro dios que no sea el omnipotente y todo poderoso *Dios privilegio*.

DONATO LUBEN.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

Pero dejando á un lado lo «incultivable», veamos lo que se ha hecho con los 582 acres de cada mil de la parte «cultivable» (32.777.000 en la Gran Bretaña). Ante todo, ésta se divide en dos partes casi iguales, y una de ellas—295 acres de cada 1.000—se destina á «pastos permanentes»; lo que quiere decir que, por lo general, no se cultiva: de ella se obtiene muy poco heno (1), y en ella encuentra su alimento algún ganado. Así, más de la mitad del área cultivable queda sin labrar, y el resto, esto es, 287 acres sólo, de cada 1.000 son cultivados. De estos últimos, 110 están de cereales, 21 de patatas, 57 de legumbres y verduras, y 84 de trébol y hierbas forrajeras alternadas, y, finalmente, de los 110 acres de cereales, los mejores 25 (una cuarentava parte del territorio, ó sea una veintitresava del área cultivable) son elegidos y sembrados de trigo, los cuales són bien labrados y abonados, obteniéndose de ellos 28 fanegas por acre, y sobre estos 25 acres de cada 1.000 está basada la universal superioridad de la agricultura británica.

El resultado definitivo de todo esto es que, en cerca de 33.000.000 de acres de tierra cultivable, sólo se produce alimento para una tercera parte de la población (siendo importadas las dos restantes), y podemos decir, en su consecuencia, que, aunque cerca de

(1) Sólo de cada 85 acres de éstos 295 se obtiene heno: del resto, hierba únicamente.

dos terceras partes del territorio es cultivable, la agricultura del país sólo provee á las necesidades de cada 125 á 130 habitantes por milla cuadrada (de cada 378): en otros términos, que casi tres acres del *área cultivable* se necesitan para alimentar á una persona. Veamos ahora de qué modo se procede en Francia y Bélgica.

Si nos limitásemos á comparar el término medio de 28 fanegas de trigo por acre en la Gran Bretaña, con el término medio de 17 fanegas en Francia, el resultado sería favorable á la primera; pero esos datos son de escaso valor, porque los sistemas de agricultura empleados en estos países son distintos.

También tiene el francés sus «veinticinco acres» escogidos y bien abonados en el Norte y en Ile-de-France, de los cuales obtiene cosechas cuyo término medio fluctúa entre 31 y 33 fanegas (1). Mas también dedica al trigo, no sólo los terrenos escogidos, sino otros en el Centro y el Sur que apenas dan diez, ocho y aun hasta seis fanegas por acre, lo que hace reducir el término medio de la producción total del país; el francés cultiva mucho de lo que aquí se deja para pasto permanente, y esto es lo que da motivo á que se hable de su «inferioridad» en agricultura. Y aunque la proporción entre lo que hemos calificado de «área cultivable» y el total del territorio es casi la misma en Francia que en la Gran Bretaña (624 acres por 1.000), el área del trigo es, en proporción, cerca de seis veces mayor que en la Gran Bretaña (146 acres, en vez de 25 por 1.000); los campos de cereales, reunidos, cubren más de las dos quintas partes del área cultivable, y además hay terrenos extensos dedicados á las legumbres, hortalizas, verdura y frutos industriales.

Tomándolo todo en consideración, aunque el francés se ocupa menos de la ganadería, y ceba especialmente menos número de carneros que los ingleses, obtiene, sin embargo, de sus tierras casi todo el alimento que él y su ganado consumen; importando, por termino medio, anualmente, sólo una décima parte del consumo nacional; exportando á este país cantidades considerables de productos alimenticios (250.000.000 de francos), no sólo del Sur, sino también, y especialmente, de las orillas del Canal de la Mancha (manteca y verduras de Bretaña, frutas y hortalizas de las inmediaciones de París, y así sucesivamente) (2).

El resultado neto es que, aun cuando una tercera parte es igualmente considerada como «incultivable», el suelo de Francia da alimento para 170 habitantes por milla cuadrada (de cada 188), esto es, para 40 personas más, por milla cuadrada, que en este país (3).

(1) Esto es, de 31 á 33 fanegas por término medio; 40 en granjas buenas y 50 en las mejores. El área de trigo es de 17.500.000 acres; la cultivada de 95.000.000, y la total superficie del país 132 millones de acres. Véanse, LECOUTEUX, *Le blé, sa culture extensive et intensive*, 1883; RISLER, *Physiologie et culture du blé*, 1886; BOITET, *Herbages et prairies naturelles*, 1885; BANDRILLART, *Les populations agricoles de la Normandie*, 1880; GRANDEAU, *La production agricole en France*; LÉONCE DE LAVERGNE, última edición, etc.

(2) Las exportaciones de Francia en 1894 (año mediano) alcanzaron á: vino, francos 233.000.000; espíritus, 54.000.000; queso, manteca y azúcar, 114.000.000. Enviando á este país aquel mismo año, francos 68.621.750 en vinos, 55.684.000 en azúcar refinado; 58.796.750 en manteca; 24.270.000 en huevos (40.287.500 en 1893) y 35.057.500 en aguardiente, siendo todo de origen francés solamente; y á ello hay que agregar 300.076.000 en sedas y lanas manufacturadas. Aquí no están incluidas las exportaciones de Argelia.

(3) Cada 1.000 acres de tierra francesa están distribuidos del modo siguiente: 376 acres están dedicados á bosque, monte bajo, dehesas boyales, etc., y 624 se consideran «cultivables»: de estos últimos, 128 están convertidos en prados artificiales (regados actualmente en su mayor parte), 92 sólo de barbecho y alguna otra cosa, 272 de cereales, 83 de hortalizas, ver luras y frutas industriales, y 47 de viñedo. No bajan de 146 los que están de trigo, que dan de 28 á 30 fanegas en dos departamentos, y 26 en doce.

Resulta, pues, que la comparación con Francia no es tan favorable para este país como se había dicho que lo era, y lo será aún menos cuando en el próximo capítulo lleguemos á la horticultura. Y en cuanto á la comparación con Bélgica, aparece más notable todavía, tanto más, cuanto que los dos sistemas de cultivo son iguales en ambos países. Diremos, pues, para empezar, que en Bélgica encontramos también un término medio en la cosecha de trigo de veintisiete y ocho décimas fanegas por acre; pero el área dedicada al trigo es cinco veces tan grande como en la Gran Bretaña, en comparación con el área de cultivo, y los cereales cubren casi la mitad de la tierra roturada (1).

La tierra está tan bien cultivada, que el término medio de la cosecha de trigo en los años 1889-92 (descortándose el 91, que fué malísimo) arrojó el resultado siguiente: veintiocho y seis décimas fanegas de trigo por acre; cerca de cuarenta y siete fanegas de avena (de treinta y cinco á cuarenta y uno y medio en la Gran Bretaña), y cuarenta fanegas de cebada de invierno (de veintinueve á treinta y cinco en la Gran Bretaña), mientras que no bajarían de 459.800 acres los que dieron una cosecha suplementaria de nabos (2.226.250 t.) y zanahorias (155.000 t.). Todo considerado, se observa que Bélgica produce más de 76.000.000 de fanegas de cereales, esto es, de quince á diez y siete fanegas por acre de área cultivable, en tanto que la proporción correspondiente para la Gran Bretaña es sólo de ocho y media fanegas; criando además casi doble cantidad de ganado por acre de cultivo, que dicho país (2), dedicándose grandes cantidades de terreno también al cultivo de plantas industriales: patatas para aguardiente, remolachas para azúcar, y así sucesivamente.

Sin embargo, no debe creerse que el suelo de Bélgica es más fértil que el de este país: por el contrario, valiéndonos de las mismas palabras de Javeleye «sólo una mitad, ó menos, del territorio ofrece condiciones naturales que sean favorables á la agricultura»; la otra mitad consiste en un suelo de cascajo, ó arenas, «cuya natural esterilidad sólo era posible vencer con abonos excesivos»: el hombre, pues, y no la naturaleza, es quien ha dado á ese suelo su presente fertilidad; con él, y su trabajo, el belga consigue suministrar casi todo el alimento de una población que es más densa que la de Inglaterra y Gales, contando 544 habitantes por milla cuadrada.

• En junto, el término medio del rendimiento general es de más de 17 fanegas por acre en una mitad del país, y de menos en la otra mitad.

Respecto á la ganadería, encontramos en la Gran Bretaña 6 353.336 reses (esto es, 19 cabezas por cada 100 acres del área cultivable), incluyendo en ese número sobre 1.250.000 terneras de un año en adelante, y 25.792.195 carneros (esto es, 79 por cada 100 acres de los referidos). Mientras que en Francia hallamos 12 879.240 reses (16 por cada 100 áreas de cultivo) y sólo 20.721.850 carneros (25 por cada 100 de las mismas). En otros términos, la proporción del ganado vacuno es casi la misma en ambos países (19 y 16 cabezas por cada 100 acres), presentando una gran diferencia á favor de este sólo en cuanto á los carneros se refiere (79 contra 25). No debiendo olvidarse las grandes importaciones de heno, orujo de aceitunas, avena, etc., en este país, pues con lo que se gasta en cada cabeza de ganado que vive de la importación, habría para cebar ó alimentar á ocho carneros con forraje del país. Respecto á caballos, ambos países se presentan á la misma altura.

(1) De cada mil acres del territorio, 673 son cultivables y 327 se consideran impropios para el cultivo: de los primeros 317 se dedican á cereales, 182 á verduras, hortalizas y hierbas alternadas; 121 á trigo y trigo mezclado con centeno (noventa y cuatro á trigo solo). Además, en sesenta y tres acres de cada mil, se recogen cosechas suplementarias de zanahorias y otras verduras.

(2) Contando todos los caballos, reses y carneros en ambos países, y tomando ocho carneros como equivalente á una res vacuna, encontramos que Bélgica tiene *veintitrés* unidades de ganado y caballos por cada cien acres, contra *veinte* en la Gran Bretaña. Si consideramos sólo el ganado, la diferencia es aún mayor; hallando *treinta y seis* unidades en cada cien acres de área cultivable, contra diez y nueve en la otra parte.

El valor anual de la producción animal en Bélgica está apreciado, según el *Annuaire Statistique de Belgique* (1893, página 263), en 1.450 976.250 francos, incluyendo las aves (38.350.000).

Si se tiene en cuenta el movimiento de exportación é importación de los productos agrícolas, podemos decir que las conclusiones de Javeleye son ciertas, y que sólo un habitante de cada diez á veinte necesita alimento importado; el suelo belga proporciona alimento del país á una cantidad que no baja de 490 habitantes por milla cuadrada, y todavía queda algo para la exportación; no siendo de menos de 25.000.000 de francos en productos agrícolas la exportación anual á la Gran Bretaña. Además, no debe olvidarse que Bélgica es nación manufacturera, que exporta géneros del país por valor de 225 francos por cabeza de población (1.400.000.000 de francos por término medio en los años 1886-92); en tanto que la exportación total del Reino Unido sólo llega á 158,75 de franco por habitante.

En cuanto á considerar las diferentes partes del país aisladamente, podemos decir que la pequeña y estéril por naturaleza provincia de Flandes occidental, no sólo produce el alimento de sus 580 habitantes por milla cuadrada, sino que además exporta productos agrícolas por valor de pesetas 106,25 por cabeza de población; y, sin embargo, nadie puede leer la importante obra de Laveleye sin llegar á la conclusión de que la agricultura flamenca hubiera realizado resultados aun mejores si no fuera por la continua y pesada carga de los impuestos. Ante el temor de un aumento de estos cada nueve años, muchos labradores se han abstenido últimamente de introducir nuevas mejoras.

Sin ir tan lejos como á China, podría citar casos semejantes de otras partes, especialmente de Lombardía; pero lo anterior bastará para prevenir al lector contra las aventuradas conclusiones que suponen la imposibilidad de alimentar 39.000.000 de personas con 78.000.000 de acres, y á mí me permitirá deducir las siguientes:

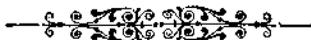
1.^a Si el suelo del Reino Unido se cultivase tan solo como lo *estaba* hace treinta y cinco años, 24.000.000 en vez de 17, podrían vivir de los productos del país; y ese cultivo, al mismo tiempo que diera ocupación á 750.000 hombres más, daría cerca de 3.000.000 de buenos parroquianos nacionales á los fabricantes británicos.

2.^a Si el área cultivable del Reino Unido se labrara como se labra *por término medio* el suelo en Bélgica, el primero tendría alimentos lo menos para 37.000.000, y podría, además, exportar artículos de alimentación, sin dejar por esto de fabricar con la misma abundancia para poder atender á todas las necesidades de un pueblo que gozase de prosperidad.

Y, finalmente, 3.^a Si la población de este país llegase á doblarse, todo lo que se necesitara para producir el alimento para 80.000.000 sería cultivar todo el suelo, como se hace en sus mejores granjas, en Lombardía y en Flandes, y utilizar algunos prados que al presente permanecen casi improductivos, del mismo modo que se hace con los alrededores de las grandes ciudades de Francia respecto á la horticultura. Estas no son puras lusiones sino verdaderas realidades; sólo modestas conclusiones deducidas de lo que vemos en torno nuestro, sin aludir en lo más mínimo á la agricultura del porvenir.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)





CIENCIA Y ARTE

CRÓNICA CIENTÍFICA

«Evolución universal de la ciencia».—*La vida y el movimiento.*—*La forma y la vida.*—*Aplicación del método mecánico en zoología, por Federico Houssay.*—*Ideas de Cuvier y de Agassiz.*—*Estática zoológico-cinematográfica y dinámica-zoológica.*—*Una nueva enciclopedia científica.*—*La navegación aérea.*—*Experimentos de M. Santos-Dumont.*—*Los compuestos del radium: sus propiedades luminosas.*—*Trabajos de MM. Giesel y Becqueret, de M. y de Mme. Curie.*—*Observación de M. Berthelot.*—*Variabilidad del átomo.*

Un sabio español, D. José Fola, acaba de publicar en Barcelona, sobre la *Evolución universal de la ciencia*, y con este mismo título, un libro notable, que lo sería aún más si el autor no se entregase en distintos pasajes á especulaciones de orden metafísico, que más debilitan que apoyan algunas de las más audaces conclusiones á que ha llegado.

No obstante, el Sr. Fola demuestra de una manera perfectamente original que el movimiento es la ley de la vida, que toda vida tiene una dirección que le es propia, que el vegetal, el animal, el hombre mismo se mueve conforme á su *modalidad*, ó, por si la palabra subrayada pareciese un galicismo, ya que la Academia no la incluye en su Diccionario, diremos, á sus condiciones esenciales y especiales de existencia; por último, no hay ser alguno que pueda exceptuarse de la sumisión absoluta á las funciones dinámicas que le señala la evolución.

Para el sabio escritor español, el elemento de transición que convirtió el germen en organismo vital es el mismo que transformó el átomo en molécula, el punto en línea, la línea en superficie, la imagen en idea; el movimiento, en una palabra.

En resumen, el Sr. Fola es partidario de la teoría mecánica de la vida, la cual acaba de encontrar su más prestigioso defensor en M. Federico Houssay, profesor de zoología y maestro de conferencias en la Escuela Normal superior de París.

En un libro de unas mil páginas atestado de fórmulas, figuras y demostraciones maravillosas, M. Houssay ha completado, por decirlo así, la reforma cartesiana, reduciendo las leyes especiales de la vida á las leyes del mecanismo universal. En *La forma y la vida*, tal es el título de ese libro admirable, desfilan todas las teorías conocidas hasta el día, además de las que por cuenta propia manifiesta el autor.

Concede éste un amplio lugar á las ideas de Lamarck, á las que subordina las de Darwin, y también á las ideas de Cuvier, quien por el estudio anatómico de las formas había llegado á la armonía entre todas las partes del cuerpo de los animales, armonía que llamaba *correlación orgánica* y de la que pudo deducir primero y demostrar después por experimentos concluyentes, que con un fragmento de esqueleto se puede reconocer un animal, reconstituyéndole por completo hasta señalar su género de vida.

Las consecuencias formuladas por Cuvier y por su discípulo Agassiz sobre la fijeza, la constancia y la discontinuidad entre los fenómenos y las formas, han impulsado á mon-

sieur Houssay á emplear el término *estática* para caracterizar el método por el cual las acciones y reacciones recíprocas de los objetos no aparecen sino como destinadas á mantener un equilibrio primordial é indefinido. Esta estática hace solamente conocer las cualidades de los seres vivientes sin tratar de explicarlas por nada exterior á sí mismos; pero en lo concerniente á las propiedades de los animales no pueden considerarse sus cualidades como estables, sino haciendo precisamente abstracción de los fenómenos que podrían dar la noción de su movimiento.

Así ha sido preciso estudiarlos desde el punto de vista de la biología cinemática.

*
* *

Hay que considerar, pues, dos categorías de propiedades: una retirada de la morfología sola, está conforme con las abstracciones necesarias de la estática (ciencia del equilibrio); otra retirada de la fisiología, considera el funcionamiento del ser, y aunque reconoce al mínimum el número de relaciones que han de retenerse entre éste y el medio ambiente, aunque haga todas las abstracciones posibles, nunca hace las suficientes para no contrariar los principios estáticos que en primer lugar aislan el ser en el Universo.

De ahí la contradicción que prueba en seguida que la estática es insuficiente para estudiar toda la naturaleza viviente.

Pero en cinemática es permitido medir el grado de exactitud de que es susceptible la abstracción, y esta exactitud es suficientemente elevada para que pueda sacarse de ella una positiva utilidad.

*
* *

Y si la cinemática suministra al autor desarrollos importantes y visiones nuevas sobre el conjunto del mundo viviente, sólo por la supresión de ciertas abstracciones que son el fundamento de la estática, suprimiendo del mismo modo las abstracciones que conservaba la cinemática, logra adquirir un nuevo y más amplio punto de vista.

Una vez colocado en él M. Houssay llega á poseer—y á hacer partícipe de ella á sus lectores—la comprensión dinámica de los fenómenos vitales.

Imposible es detallar todos los asuntos interesantes, todas las consecuencias atrevidas que la aplicación de la mecánica á la zoología permite deducir al autor de sus estudios profundos y de sus maravillosos experimentos. Construcción celular de los organismos, estructura de los centros nerviosos y de los órganos sensoriales, evolución del sistema nervioso; la cabeza y la cefalización, dinámica de la fecundación, parasitismo, diformismo sexual; teorías generales de la dinámica; tales son los títulos de algunos capítulos, los más interesantes de esta obra dominante y sugestiva, cuya exposición es de tal manera graduada, sostenida por fórmulas matemáticas tan sencillas, por figuras geométricas ó zoológicas tan numerosas, que basta poseer conocimientos científicos elementales para seguirla sin esfuerzo hasta el fin.

*
* *

Y ya que hablamos de obras científicas, señalemos con satisfacción la próxima aparición de una serie de volúmenes—dos de entre ellos ya se han publicado—de un precio módico y de una gran utilidad. Trátase de las obras que han de formar la *Enciclopedia científica del siglo XX*, editada por Schleicher, cuyos autores no son de aquellos que se contentan con resumir ideas ajenas. Los primeros volúmenes publicados son: *Historia del cielo*, por Clemencia Royer, y *Evolución de la vida*, por el Dr. Laloy. A éstos seguirán: *Influencia de los medios*, por Eliseo Reclus; *La gútmica en la Naturaleza*, por Augusto

Perret; *El cerebro*, por los Dres. Toulouse y Marchand; *El mundo aéreo*, por Edmond Perrier, etc.

Un breve análisis de cada obra, á medida que aparezcan, es un medio excelente de vulgarización científica. A ello dedicaremos algunas de estas crónicas.

*
**

Recientemente fracasaba en Glasgow el inventor español Sr. Vergara; algunos días después, el inglés Dr. Bailey, víctima de su heroísmo, caía con su máquina volante de una altura considerable y se aplastaba el cráneo; dos semanas antes el conde Zeppelin renunciaba á proseguir sus experimentos. En resumen: progresos poco apreciables, á veces nulos ó aun negativos, desde los famosos experimentos de Renard y Krebs.

Aparece súbitamente un joven brasileño, Santos Dumont, y da un paso adelante, y si experimentos más generales responden al éxito feliz de los primeros, podrá decirse que el problema de la navegación aérea quedará definitivamente resuelto.

*
**

Los compuestos del radium son todos luminosos; el cloruro y el bromuro, en estado perfectamente seco, dan efectos particularmente intensos. Obtiénense, además, por la acción de las radiaciones del radium, gran número de reacciones idénticas á las que produce la luz: reducción de las sales de plata, del peróxido de hierro, del bicloruro de potasa en presencia de las materias orgánicas.

Los rayos del radium producen aún ciertas acciones que les son especiales: coloración del cristal, de la porcelana, del papel blanco, transformación del platino-cianuro de bario, de la variedad verde amarilla en otra negro-parduzca. M. Giesel ha conseguido la preparación de platino-cianuro de bario radiferado que da el tono parduzco espontáneamente, y cuyos cristales polarizan la luz á la manera de la tuonsalina, con lo que ha demostrado que ciertas sales alcalinas se coloran por efecto del radium como bajo el de los rayos catódicos ó como en el vapor de los metales alcalinos. También ha observado que el radium acercado á las sienes ó á los ojos cerrados produce una sensación luminosa apreciable.

Los rayos X emitidos por el radium tienen además, como lo ha demostrado M. Villard, una potencia de penetración mucho más considerable que los rayos desviables; por ella ocurre que un cristal de un centímetro de espesor detiene prácticamente éstos mientras apenas debilita aquéllos. Concíbese, pues, que si la radiación total atraviesa planchas sucesivas, los rayos emitidos por el radio producirán una absorción tanto más aparente cuanto que desde el punto de vista fotográfico, los rayos catódicos parecen ser los más activos; pero en cuanto éstos hayan desaparecido, la absorción por las planchas siguientes apenas debilitará la radiación.

Los efectos de la fosforescencia provocados por los rayos del radium, son también notables. M. Becquerel se ha dedicado últimamente á estudiar la intensidad de variedad de los rayos fosforescentes bajo la influencia de los cambios de distancia del manantial radiante á la placa fosforescente.

El mismo sabio ha demostrado cómo la fluorina, cuando se la calienta, desarrolla una energía acumulada durante su formación, lo que la permite convertirse en luminosa; decolorase en seguida extinguiéndose, y por último, se vuelve fosforescente cuando se halla expuesta á los rayos ultra-violetas.

Resulta, pues, que los rayos del radium substituyen á la fluorina decolorada su fosforescencia.

Existe, pues, una analogía notable entre la radiación del radium y los rayos ultravioletas.

M. Berthelot ha observado que el fenómeno ofrecido por la fluorina es complejo. En efecto, esta substancia contiene sales de manganeso que el calor retorna al estado de sales de protóxido, y, por consecuencia, decoloradas. El fenómeno luminoso observado por M. Becquerel se halla, pues, doblado de un fenómeno químico.

La variación de la absorción con la distancia de las planchas al manantial radio-activo ha sido verificada por M. Schweidler por medio de la fosforescencia y por M. Curie por los experimentos eléctricos.

* * *

La más importante aplicación de las propiedades luminosas del radium y de algunos de sus compuestos, parece que será el alumbrado. La luz que emiten estas substancias es capaz de luchar con una semiluz; en ocasiones se la distingue al gas. M. y Mme. Curie han obtenido luz bastante intensa, con un poco del producto, para leer.

En lo que concierne el origen de esos misteriosos rayos, ninguna de las hipótesis admitidas por los sabios ha podido dar aún explicación suficiente que permita considerarlas como evidentes.

Un eminente profesor francés, que quiere permanecer anónimo con el pretexto de que tenía sobre el misterio nociones insuficientes para dar una opinión absoluta, ha dado á uno de nuestros colegas explicaciones que son, en efecto, preguntas más bien que respuestas; pero en todo caso admirablemente bien planteadas:

«¿Dónde está, dice, el manantial de esos rayos? ¿En los cuerpos mismos? ¿En el exterior? En el primer caso, la energía se tomaría prestada del medio ambiente en forma de calor, pero ésta es una hipótesis en contradicción con el principio de Carnot. En el segundo caso, nos encontramos frente á la hipótesis balística de Crookes y Thomson. Hay una emisión de materias que pueden atravesar los cuerpos materiales. Esta no puede ser ni un gas ni un vapor. No es una molécula; es un átomo dissociado, algo como una forma última de la materia, tal como los cuerpos podrían emitirla indefinidamente sin perder sensiblemente de su peso. ¡Qué nuevo campo de estudio! Creerfase uno ante una forma de la materia diferente de la estudiada hasta el día. ¿Irfamos al reconocimiento de su unidad? Esta propiedad radio-activa, ¿no parece ser peculiar á cierto número de cuerpos? ¿Acaso la célula viviente sería una resultante de estos fenómenos desconocidos?... ¿Tendrá vida esa materia que creemos inerte, enviando al espacio emanaciones de toda especie, unas luminosas, otras atómicas, que combinándose y modificando los medios obren sobre los seres, provoquen las sensaciones? ¿Todos estos fenómenos psíquicos no serían una simple realidad, un efecto puramente dinámico? ¡Cuántas cosas dejan entrever algunos centígramos de materia!

* * *

A una conclusión análoga, pero más afirmativa, llegan M. y Mme. Curie cuando suponen que el radium emite de una manera continua partículas infinitamente pequeñas de electricidad negativa. La energía utilizable, almacenada en forma de energía potencial, se disiparía poco á poco, y esta manera de ver conduciría necesariamente á no admitir ya la invariabilidad del átomo.

Y héte aquí que la teoría atómica, joven aún y cuyos brillantes éxitos son tan recientes, está á su vez á punto de desaparecer, enérgicamente combatida por los hechos, que, inflexibles, no respetan creencias, tradiciones ni teorías.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

SE VOLVIERON LAS TORNAS

Comedia en dos actos, por William Morris.

(Conclusión.)

ESCENA III

JUEZ (Pausa.)

JUEZ.—¡Ea! Ahora va á buscar algunos feroces revolucionarios para dar fin de mí; es inútil tratar de detenerla. Huiré en otra dirección; tal vez no encuentre siempre gente á quien antes haya sentenciado.

ESCENA IV

Al salir corriendo tropieza con GUILLERMO ALEGRÍA, que entra por el lado opuesto.

ALEGRÍA.—Caramba, compañero, cuidado. (*Fijando la vista en él.*) ¿Pero qué os pasa? ¿Qué raramente vais vestido! No he visto un hombre en tal estado desde hace muchos días; sois como una antigua ruina, un sueño del pasado. Pero no trato de herir vuestro amor propio. ¿En qué puedo servirlos?

(*El JUEZ se cubre el rostro con las manos y da un gemido.*)

ALEGRÍA.—¡Ah! Pero si creo que es el avechucho que estaba en el Tribunal aquella mañana sentenciando al compañero Juan. ¿Qué habrá venido hacer aquí? ¿No os acordáis, compañero? Yo soy el que entró con la bandera roja aquella mañana, cuando hicísteis por última vez vuestro extraño papel. ¡Animo, hombre! Os buscaremos alguna ocupación, á pesar de lo mal que habéis sido educado.

JUEZ.—Salvadme, os lo suplico. No digáis quién soy; que no se sepa, ó de lo contrario, me ahorcarán con seguridad. Condenadme á cadena perpetua; pero no me ahorquéis. Sí, confieso que yo soy aquel juez; pero no me delatéis. Seré vuestro sirviente, vuestro esclavo toda mi vida; mas no me llevéis ante un magistrado; ¡son tan injustos y crueles! Si es necesario castigarme, hacedlo privadamente; pero que no sea asunto judicial. Por ello no os llevaré ante los Tribunales. Mirad: dispuesto estoy á firmar un documento comprometiéndome á ser vuestro criado eternamente, sin salario alguno, tan sólo con que me alimentéis. ¡Sufro tanto por no tener mis comidas á las horas de costumbre! ¡Si supiéseis qué triste es tener hambre y no estar seguro de encontrar con qué satisfacerla!

ALEGRÍA.—Sí, desgraciadamente lo sé por experiencia. ¡Si vos lo hubiéseis sabido antes, ó al menos hubiérais pensado en ello, mejor hubiese sido ahora para vos!

JUEZ.—(*Aparte.*) ¡Oh! ¡De qué terrible modo me mira! (*Al otro.*) ¡Oh! Perdonadme y no me mandéis á la cárcel; no podéis tener una idea de lo mal que allí tratan á las gentes; yo no he querido ser un hombre malo y cruel; verdaderamente no he querido.

ALEGRÍA.—Pues debo deciros que si quisisteis ser otra cosa, errásteis el camino; pero si efectivamente vuestras intenciones fueron buenas, tanto peor para vos. (*Aparte.*) Voy á divertirme un poco con él.

JUEZ.—Salvadme, salvadme. Trabajaré mucho para vos; pero que no se sepa quién soy yo; así será mayor vuestro beneficio.

ALEGRÍA.—¿Beneficio? Mucho lo dudo.

JUEZ.—Podéis creerlo. Soy verdaderamente un buen abogado.

ALEGRÍA.—¡Uff! Eso sería de menos utilidad que un asno muerto; á no ser que concluyéramos por hacer de vos un picadillo.

JUEZ.—(*Aparte.*) ¡Ay! Sus amenazas me parten el corazón! (*A Alegría.*) Señor socialista, no veis que yo os podría poner al corriente en toda clase de triquiñuelas, con las cuales podríais disponer á vuestro antojo de la propiedad; porque supongo que aún tenéis alguna, y los títulos de la misma deben estar muy revueltos después de una revolución. Os aseguro que pudiera haceros conocer tales cosas, que os convertirían en persona de importancia, tal como eran antes los capitalistas.

ALEGRÍA.—(*Aparte.*) ¡Ah! Viejo canalla. El olmo no puede dar peras. Verdaderamente he de asustarlo un poco, aunque no tanto que este viejo idiota se nos quede muerto de miedo entre las manos. (*Al Juez.*) Realmente no sé qué hacer con vos, ni aun como esclavo; temo que corrompáis la moral de mis hijos; que los hagáis refír y les contéis mentiras. No hay más remedio sino que vengáis ante el Consejo de nuestra Común; pronto va á reunirse, y como el día está hermoso, lo hará bajo este árbol.

JUEZ.—No, no; por Dios. Os ruego que me dejéis ir arrastrando el resto de mi miserable existencia, antes de presentarme á un magistrado, y ser enviado á la prisión; vos no sabéis lo terrible que es eso.

ALEGRÍA.—Os volvéis á equivocar de nuevo: lo sé perfectamente; sé que el estúpido del juez, en vez de pensar en el hombre que tiene ante su vista, sólo se ocupa en coordinar algunas reglas, establecidas con el único objeto de permitir á varios el enriquecerse á costa de la desdicha ajena; después se manda la víctima á la cárcel ó al presidio, y si hubiera de decir lo que allí se hace sufrir al pobre preso, tendría que estar hablando una semana. No hay criminal que no se crea inocente al compararse con sus verdugos. ¡Es lástima que no hayáis pensado antes en todo esto! Afortunadamente, son cosas que ya pasaron.

JUEZ.—(*Aparte.*) ¡Oh! ¡Qué terrible venganza me estará preparada! (*A Alegría.*) Señor, señor; dejadme que me escurra antes que se forme el Tribunal. (*Aparte.*) Bonita audiencia al aire libre. ¿Qué entenderán ellos de leyes?

ALEGRÍA.—No os marchéis; pronto veréis á otro antiguo amigo, á Juan Liberto, á quien condenásteis á seis años, al mismo tiempo que llegó la bandera roja. Viene oportunamente; hele aquí.

ESCENA V

Entra JUAN LIBERTO, vestido de blusa, un sombrero hongo en la cabeza, fumando y las manos en los bolsillos.

ALEGRÍA.—Aquí está tu juez. No, Juan; no es preciso que saques la mano del bolsillo para dármele; conozco tus costumbres. Pero mira. (*Señalando al ex Juez.*)

LIBERTO.—¡Es verdad! ¡Sí, no hay duda, es él; es mi antiguo amigo el juez! ¡Parecéis triste y abatido! ¿Qué puedo hacer por vos? (*El ex Juez gime.*)

ALEGRÍA.—(*Guiñando á Liberto.*) Tienes que juzgarlo, Juan.

LIBERTO.—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho? (*Aparte.*) ¿Qué enredo será éste?

ALEGRÍA.—¿Qué ha hecho? Pues nada. Eso es todo; algo hay que hacer con él; debe presentarse ante el Consejo; pero temo no le sea útil á nadie. (*Aparte á Juan.*) Ya lo ves. Juan, está muerto de miedo, creyendo sin duda que nos lo vamos á comer. Déjame seguir la broma adelante y no la echés á perder.

LIBERTO.—(*Aparte á Alegría.*) Sí, indudablemente lo tiene bien merecido; pero ten

cuidado no te se quede entre las manos, Guillermo. (*En alta voz.*) Bien, el Consejo va á reunirse en seguida, y entonces nos ocuparemos de este asunto.

JUEZ.—(*A Liberto.*) ¡Ay, señor! Perdonadme; no me juzguéis. Os serviré de criado toda mi vida.

ALEGRÍA.—¿Pero cómo es eso? ¿Acaso no me habéis ofrecido á mí lo mismo?

LIBERTO.—Os doy las gracias, por más que de nada pueda servirme vuestro ofrecimiento. ¿Qué habia yo de hacer con un sirviente? Tranquilizáos; el Consejo se ocupará del particular; y, á propósito, aquí vienen los compañeros.

ESCENA VI

Entran MARÍA APURO, ROBERTO, su marido y otros.

ALEGRÍA.—Ea, amigo (*dirigiéndose al ex Juez*), sufrid vuestros trabajos con la misma resignación que antes sufríais los ajenos, y veréis qué bien os va.

(LIBERTO se sienta en el suelo, bajo el árbol, y los demás hacen lo mismo; otros permanecen en pie á su alrededor. ALEGRÍA aparenta guardar al Juez, á quien los demás miran entre curiosos y asombrados; pero aquél les hace señas á fin de que comprendan que se trata de una broma.)

LIBERTO.—Y, bien, compañeros: ¿de qué tenemos hoy que ocuparnos?

VECINO 1.º—Tengo que dar cuenta de haberse recibido tres vigas de roble para el techo de la sala Comunal; la madera está bien aserrada y es de buena calidad, por lo que se puede hacer uso de ella sin temor alguno.

VECINO 2.º Compañeros: La semana pasada mandamos la lana á las Comunas de la comarca del N. y han quedado satisfechas de ella. Las telas que nos envían, han llegado, habiendo mejorado en calidad, comparadas con lo que antes mandaban.

VECINO 3.º Yo tengo que manifestar que la turbina colocada en la fábrica de seda está funcionando y resulta una gran mejora, aumentando de tal modo la fuerza hidráulica, que tal vez no necesitemos, después de todo, las máquinas de vapor.

LIBERTO.—¿Cuándo empezamos á segar el trigo?

VECINO 3.º—El jueves próximo; la mies está en sazón y el tiempo parece asegurado; así que lo hemos de pasar muy bien.

LIBERTO.—Me alegro saberlo á tiempo; pues siempre me gusta ver el principio de la siega. ¿Hay alguna otra cosa de que tratar?

ALEGRÍA.—Sí, hay un asunto delicado, compañeros. (*Mira al ex Juez, que tiembla y gime.*) Ahí está ese perro que hemos cogido, ese ladrón, esa bestia inútil. ¿Qué se va á hacer de él?

JUEZ.—(*Aparte.*) Eso es por mí, eso es por mí. ¡Y pensar que se habla de un Juez en tales términos! ¿Pero qué va á ser de mí, qué va á ser de mí?

VECINO 2.º—Yo soy de opinión que se le dé un tiro. Esa clase de animales no pueden hacer sino daño; lo siento, pues bien sé que él no tiene la culpa; pero nosotros tampoco la tenemos, y debemos despacharlo lo más pronto posible; pues mientras no se haga, las criaturas estarán en peligro.

JUEZ.—(*Aparte.*) ¡Cómo! ¿Conocerán entonces aquella historia?

LIBERTO.—¿Nadie tiene que decir nada en contra? ¿Se aprueba lo propuesto?

Todos.—¡Aprobado, aprobado!

LIBERTO.—Bien; que se fusile al perro. Guillermo, á ti te ha tocado esta vez el hacer esa desagradable faena. Tienes que ejecutarla.

ALEGRÍA.—Bueno; si no hay más remedio, se hará. Voy en un salto á buscar un fusil.

JUEZ.—¡Ay, Dios mío! Con qué pocas ceremonias disponen estas gentes de la vida de un hombre. Y probablemente se irán después muy tranquilos á comer, sin pensar más en ello. *(Se arroja de rodillas ante Liberto.)* ¡Oh, ilustrísimo señor socialista! ¡Oh, excelentísimo señor mío! No me matéis, no me matéis; mandadme á una prisión, cargadme de cadenas; pero no me quitéis la vida.

LIBERTO.—¿Pero qué está diciendo este hombre? ¡Cadenas! Nosotros no las usamos para eso; nos sirven para los barcos, los carros y otras aplicaciones útiles. ¿Para qué habíamos de desperdiciarlas adornándoos con ellas? Y en cuanto á las prisiones, no podemos mandarlas á ellas, porque no tenemos ninguna. ¿Y cómo habíamos de tenerlas? ¿Quién sería el carcelero? No, no; no podemos teneros preso. Debéis aprender á conducirlos dignamente.

JUEZ.—¡Cómo! ¿No tenéis más castigo que la muerte? ¡Ay! ¡Qué va á ser de mí; qué voy á hacer!

VECINO 1.º.—¿Qué? Conduciros como corresponde.

JUEZ.—Mas, ¿cómo he de poder hacerlo, si estoy muerto ya?

VECINO 2.º.—Pero, amigo, si más tarde ó más temprano habéis de morir, procurad ahora aprovechar lo mejor posible el tiempo que os queda de vida.

JUEZ.—¿Y tenéis valor para decir tales cosas á un hombre á quien vais á fusilar dentro de poco? ¡Qué atrocidad! Si no tenéis prisiones, edificar una para mí, ó al menos meterme en un sótano y encerrarme allí; pero no me fusiléis, no.

ALEGRÍA.—Caramba, amigo, querer uno una prisión sólo para sí es mucha exigencia. ¿Pero quién trata de fusilaros?

JUEZ.—Pues usted. ¿No dijo que se fusilase al perro? *(Llora.)*

ALEGRÍA.—Amigo, ó vuestra modestia es excesiva, ó no tenéis muy tranquila la conciencia, cuando os habéis dado por aludido. No, aunque la cosa es desagradable, no lo es hasta ese extremo. No es á vos á quien vamos á matar, sino á un pobre diablo de perro, un verdadero perro, con su rabo y todo, que ha dado en la gracia de matar á los carneros, y á mí me ha tocado desgraciadamente el llevar á cabo la ejecución. Pero, vamos, ahora bien, podéis hacerlo por mí. En otro tiempo érais gran partidario de la pena capital.

JUEZ.—Pero entonces, ¿qué vais á hacer conmigo? ¿Cómo me vais á castigar?

LIBERTO.—¡Castigar! ¿Cómo habíamos de hacerlo? ¿Quién se encargaría de tal misión? Las gentes que castigan á otros es porque tienen gusto en hacerlo, lo cual no nos sucede á nosotros. Así que una vez más os recomiendo que aprendáis á vivir dignamente.

JUEZ.—¿Pero cómo he de vivir?

LIBERTO.—Debéis trabajar un poquito.

JUEZ.—Pero, ¿en qué, si no queréis jueces?

LIBERTO.—Mirad á vuestro alrededor, amigo. Las doradas espigas convidan á la siega; ya os encontraremos alguna ocupación.

JUEZ.—*(Aparte.)* ¡Ah! Ya entiendo: esto quiere decir, después de todo, condenarme á trabajo forzado por toda la vida. Y tengo que conformarme; no hay más remedio. ¡Desgraciado é infeliz de mí! *(A Libertó.)* Pero, ¿quién va á darme trabajo? Tendréis que buscarme un amo, el cual tal vez no quiera servirse de mí.

LIBERTO.—Amigo mío, así como no tenemos prisiones, tampoco tenemos amos; éstos hacen aquéllas; tenéis que ocuparos vos mismo y emplear el tiempo en algo útil.

JUEZ.—¿Qué? ¡No comprendo!

LIBERTO.—La madre tierra y los conocimientos de todas las generaciones que nos han

precedido, y á quienes ella alimentó. Todo eso está á vuestra disposición, con sólo que sepáis aprovecharos de ello.

JUEZ.—Aún no comprendo bien esa metáfora.

LIBERTO.—¿No? Pues bien; dejemos abstracciones á un lado, y vamos al asunto. ¿Qué es esto? (*Mostrándole una azada.*)

JUEZ.—Ese es un instrumento de esfoliación conocido con el nombre de azada.

LIBERTO.—Hablandoos, pues, amigo en vuestra antigua jerga, os diré que la sentencia de este tribunal es que toméis este instrumento de esfoliación, conocido comúnmente con el nombre de azada, y con él os busquéis la vida, ó, en otros términos, que contribuyáis de algún modo á la producción. Y, dejando la jerga á un lado, ya que estáis tan mal educado, nuestro amigo Roberto, el marido de María, os enseñará cómo se hace. ¿Estamos conformes, compañeros?

Todos.—Aprobado, aprobado.

ALEGRÍA.—(*Con aspereza.*) No creo que él esté muy conforme con eso. Ahora, que sabe no vamos á hacerle nada, empieza á mirarnos contrariado porque somos felices; ya veréis cómo vuelve otra vez á intentar sus antiguas tretas de abogado.

LIBERTO.—¿Y qué nos importa eso, Guillermo? Ningún daño nos puede hacer; así, pues, debemos esperar que se corrija.

MARÍA.—¿Se agraviaría si pasásemos ahora un rato alegre en su presencia?

LIBERTO.—Vamos á verlo. Aquellos de vosotros que no tengan tanta pereza como yo para bailar, que lo hagan al son que anunció la aurora de la libertad en tiempos de nuestros grandes antepasados. (*Bailan alrededor del ex Juez, cantando lo siguiente, con el tono de la Carmañola.*)

¿Qué es lo que al fin los tiempos han traído?
La explotación del hombre han destruído.
¿No existe ya ninguna aristocracia?
No, sucumbió vencida por la acracia.

Bailad la *Carmañola*,
viva el son, viva el son;
bailad la *Carmañola*,
viva el son del cañón,
viva el son del cañón.

¿Y el banquero, el soldado y el verdugo?
Se irán á descansar con Víctor Hugo.
¿Qué haréis, pues, con los bienes y los males
Partirlos entre todos por iguales.

Bailad, etc., etc.

El medio de vivir, ¿dónde se encierra?
En el brazo del hombre y en la tierra.
¿Cómo premiáis la gran inteligencia?
Con su obra misma, con la nueva ciencia.

Bailad, etc., etc.

¿Qué tendremos en vez de los tiranos?
La dicha y libertad de los humanos.
¿Cuándo se hará la gran revolución?
En cuanto se presente la ocasión.

Bailad, etc., etc.

(LIBERTO y el EX JUEZ se adelantan.)

LIBERTO.—Ya lo veis cómo, después de todo, no lo escapáis tan mal con los malditos

socialistas; pues en otro tiempo nos mandábais á los presidios y á la horca, y nosotros hemos suprimido todo eso; ahora vosotros no seréis amo ni nosotros tampoco; ya no existen; no habrá, pues, nadie que os atropelle. ¿Qué os parece esto, amigo? (*Dándole una palmada en el hombro.*)

JUEZ.—(*Rompiendo á llorar.*) ¡Una sociedad sin abogados! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Y pensar que tendré que coger patatas y ver á todos felices!

LIBERTO.—Y sin embargo, no tenéis más remedio que sufrirlo. Y en cuanto á mí, os digo francamente que no puedo acompañaros en vuestro sentimiento. Cuando los bribones se lamentan de que ya no pueden seguir siéndolo por falta de oportunidad para ello, es evidente que se volvieron las tornas.

FIN

PARIS

(Continuación.)

—Dígale usted—repuso—que puede estar tranquilo. Por lo pronto, desgraciadamente, no tengo nuestro pequeño motor tal como yo le quiero; además, no está montado aún; guardo algunas piezas en casa, y nadie sabe bien lo que acabo de hacer. Por más que la policía registre, nada verá, y nuestro secreto no corre ningún peligro.

Pedro prometió repetir á Guillermo estas palabras textuales para que no tuviese ningún temor. Después, cuando trató de sondear á Tomás para saber qué se pensaba en la fábrica del hallazgo del punzón, y si se comenzaba á sospechar de Salvat, el joven volvió á enmudecer de nuevo, contestando por monosílabos. ¿Había ido la policía? No. ¿Habían pronunciado los trabajadores el nombre de Salvat? Sí, naturalmente, puesto que todos conocían sus ideas anarquistas. ¿Y qué había dicho Grandidier á su vuelta del Juzgado de instrucción? Lo ignoraba, y no había vuelto á verle.

—¡Mire usted, ahí está!... ¡Pobre hombre, su mujer ha debido tener otra crisis esta mañana!

Era una historia lamentable que Pedro conocía ya, por conducto de Guillermo. Grandidier, que se había casado por amor con una joven de singular belleza, la guardaba loca hacia cinco años, debiéndose esto á la pérdida de un niño y á un ataque de fiebre puerperal. Había podido resignarse á ponerla en una casa de salud, donde vivía encerrado con ella en el fondo de un pabellón, cuyas ventanas daban al patio de la fábrica y permanecían siempre cerradas. Nunca se la veía y nunca hablaba de ella á nadie; pero decíase que estaba como una niña, sin la menor malignidad; y que tenía un carácter muy dulce á la vez que triste, conservándose bella aún, con sus magníficos cabellos rubios. Sin embargo, algunas veces sufría crisis terribles, y debía luchar, y sujetarla durante horas enteras entre sus brazos, para que no se rompiera el cráneo contra las paredes. Ofanse gritos espantosos, y después reinaba un silencio de muerte.

Precisamente Grandidier, muy buen mozo, de cuarenta años, de expresión enérgica con gran bigote de color castaño, el cabello corto y los ojos claros, entró de improviso en el pequeño taller donde Tomás trabajaba. Quería mucho á este último, habiéndole facilitado en su casa el aprendizaje, y le trataba como un hijo, dejándole volver cuando se le antojaba para que hiciese uso de sus útiles. Y aunque sabía que se ocupaba en la cuestión

de los pequeños motores, por los que tenía también mucho interés, demostraba la mayor discreción, esperando sin hacerle preguntas sobre el asunto.

Tomás presentó al sacerdote, diciendo:

—Mi tío, el señor abate Pedro Froment, que ha venido á estrecharme la mano.

Se cruzaron los cumplidos de costumbre, y después Grandidier, con el rostro velado de tristeza, por lo cual se le consideraba severo y duro, quiso mostrarse alegre.

—Diga usted, Tomás—preguntó—, ¿no le he hablado de mi entrevista con el juez de instrucción? Tengo buen crédito y á no ser por esto tendríamos aquí á todos los agentes de la Prefectura... querían que yo le explicase la presencia de aquel punzón señalado con mis iniciales, que se encontró en la calle de Godot-de-Mauroy, y he visto que pensaban que el autor del atentado debía haber trabajado aquí... yo me acordé al punto de Salvat; pero no denuncié á nadie, y he contestado sencillamente que estuvo cerca de tres meses en la fábrica, en el otoño último; pero que después desapareció. ¡Que le busquen!... ¡Ahí ese juez es un hombrecillo rubio, muy remilgado, que parece interesarse en el asunto con mucho afán.

—¿No es el Sr. Amadieu?—preguntó Pedro.

—Sí, ese mismo, un hombre á quien seguramente seduce el regalo que esos bandidos de anarquistas le han hecho con su crimen.

El sacerdote escuchaba con angustia. Esto era lo que su hermano temía, que se hallase al fin la pista verdadera y se diera con el primer hilo conductor. Y miró á Tomás para ver si se inquietaba él también; pero sea que el joven ignorase las relaciones de Salvat con su padre, ó que tuviera mucho dominio sobre sí, no hacía más que sonreírse por lo que decían del juez.

Entonces, como Grandidier se ocupase en examinar la pieza que Tomás terminaba, y los dos trabaran conversación, Pedro se acercó á una puerta entornada que daba á un vasto taller, donde se oía el crugido de las máquinas y se veían los balancines moviéndose á compás, con sus golpes rítmicos. Todo un pueblo de obreros, inundados de sudor y cubiertos de polvo, pululaba aún allí; pero era el fin del día y el último esfuerzo de la tarea. Tres operarios habían ido á lavarse las manos á la fuente, que estaba cerca de él, y Pedro pudo enterarse de lo que decían.

Pedro se interesó al oír á uno de ellos llamar á otro Toussaint, y al tercero, Carlos. Eran padre é hijo: el primero, bastante grueso, de hombros cuadrados, y brazos musculosos, parecía no haber cumplido aún los cincuenta años; tenía el rostro enflaquecido por el exceso de trabajo; la barba gris y descuidada, y su brazo derecho, único que conservaba aún con un poco de parálisis, parecía pesado en los ademanes. Vivo retrato de su padre, Carlos, con su cara llena y su negro bigote, estaba en toda la fuerza de sus veintiséis años. También ellos hablaban de la bomba del palacio Duvillard, del punzón encontrado y de Salvat, de quien todos sospechaban ahora.

—Solamente un bandido es capaz de semejante cosa—dijo Toussaint—. A mí me subleva la anarquía; pero en fin, que se arreglen los ciudadanos; si los hacen saltar, esto es cosa que les concierne, porque ellos lo han buscado.

En el fondo de esta indiferencia había un largo pasado de miseria y de injusticia; el viejo, cansado de luchar, no esperaba ya nada, y parecía dispuesto á dejar que se hundiera este mundo, donde el hambre amenazaba sus últimos años.

—Pues yo—dijo Carlos—he oído hablar á los anarquistas, y á fe mía que dicen cosas muy justas y razonables... En fin, padre, tú que trabajas desde hace treinta años, ¿no es una cosa horrible que por lo que acaba de sucederte te veas amenazado de morir de ham-

bre, como un caballo viejo que se desecha apenas le aqueja la menor enfermedad?... ¡Que Dios me condene si no da esto tentaciones de tomar parte con esa gente, si esto ha de labrar la felicidad de todo el mundo!

Ciertamente que Carlos no hablaba con entusiasmo, y que iba á la fábrica tan sólo por la impaciencia de vivir mejor, cansado ya del cuartel y del servicio obligatorio, que le había inspirado una idea de igualdad, de lucha por la vida, con el deseo de obtener su parte legítima en los goces de aquélla. Era el paso fatal de una generación á otra: el padre, engañado en su esperanza de ver una república de hermanos, se había hecho exceptivo y desdenoso; y el hijo, á punto de adoptar la fe nueva, acostumbrábase poco á poco á la violencia.

Pero como uno de los tres obreros demostrara enojo, gritando que si Salvat había dado el golpe, era preciso cogerle y enviarle á la guillotina sin formación de causa, Tous-saint acabó por participar de su opinión.

—Sí, sí—dijo—por más que se haya casado con una de mis hermanas, le abandono... Sin embargo, me extrañaría que él fuese el autor, pues bien sabéis que no es malo, y que ni siquiera mataría una mosca.

—Cómo ha de ser—repuso Carlos—cuando le desesperan á uno, al fin llega el momento en que se enfurece.

Los tres se habían lavado, y Toussaint, que acababa de ver al patrón, esperó un poco para pedirle un adelanto. Precisamente Grandidier, después de estrechar cordialmente la mano de Pedro, se adelantó al encuentro del viejo obrero, á quien apreciaba mucho. Le escuchó, y decidióse á darle una tarjeta con dos palabras para el cajero; pero era muy refractario respecto á los adelantos, y por esto no le querían los obreros, aunque en realidad era muy bondadoso. A su modo de ver, creía indispensable defender enérgicamente su posición, sin ceder nunca en nada, so pena de arruinarse. Cuando la competencia era tan tenaz, y el sistema capitalista imponía tan terrible lucha, no se podían admitir semejantes reclamaciones de los obreros.

Al marcharse Pedro, después de convenir con Tomás sobre las contestaciones que debía dar á su hermano, sintió de pronto profunda compasión cuando vió en el patio á Grandidier, que después de girar su visita, volvía al pabellón cerrado, donde le esperaba la espantosa tristeza del drama de su corazón. ¡Qué secreta é incurable desesperación debía ser la de aquel hombre, que en la lucha de la vida defendía su fortuna, fundaba su establecimiento en medio de la furiosa batalla entre el capital y el salario, y no encontraba en su hogar para el reposo de la noche más que la angustia de su mujer loca, su mujer adorada, muerta ya para el amor! Hasta en los días en que más triunfaba, siempre aquella irremediable desesperación. ¿Habría alguno más desgraciado, más digno de compasión entre los pobres que se morían de hambre, entre los tristes obreros que le aborrecían y envidiaban?

Cuando Pedro se halló otra vez en la calle, vió con asombro que la señora Tonssaint y Teodora, con la pequeña Celina, estaban aún allí, con los pies en medio del barro, batidas por la eterna oleada de los transeuntes; no se habían movido, y hablaban sin cesar adormeciendo su miseria en sus habladurías. Y cuando, seguido de Carlos, Tonssaint salió á su vez satisfecho del adelanto obtenido, las encontró todavía allí, y refirió á Teodora la historia del punzón, añadiendo que él pensaba, como todos sus compañeros, que Salvat era quien habría dado el golpe. Teodora palideció mucho, pero protestó, sin dar á conocer lo que ella sabía ni lo que pensaba en el fondo.

—Repetiré que no le he visto más, dijo.

Seguramente está en Bélgica. ¡Ah! una bomba, y usted mismo dice que es demasiado bueno y que no mataría una mosca.

Al volver á Neuilly en el tranvía, Pedro comenzó á meditar profundamente. Aún llevaba en sí la agitación obrera del barrio, el crujido de las máquinas, y toda esa actividad de colmena que acababa de presenciar; y por primera vez, bajo el imperio del tormento que le acosaba, pensó en la necesidad del trabajo, en la fatalidad que se revelaba también como salud y fuerza. Aquí descubría al fin un terreno sólido, el vigor que mantiene y que salva. ¿Sería este el primer fulgor de una fe nueva? Pero ¡qué irrisión! ¡El trabajo incierto, sin esperanza, el trabajo que conducía á la eterna injusticia! ¡Y la miseria acechando siempre al obrero, estrechándole á la menor huelga y arrojándole á la calle como un perro inútil apenas llegaba á la vejez!

En Neuilly, Pedro encontró junto al lecho del enfermo á Bertheroy, que acababa de curarle; y el viejo sabio no parecía tranquilizado aún sobre las complicaciones que la herida pudiera ocasionar.

—Usted no quiere sosegar, le dijo: siempre le encuentro poseído de una emoción y de una fiebre desastrosa. ¡Es preciso calmarse, hijo mío, sin que nada le atormente, qué diablo!

Pocos minutos después, cuando se marchaba, dijo con su dulce sonrisa:

—Sabrá usted que han venido á interrogarme acerca de la bomba de la calle Godot-de-Mauroy. ¡Esos periodistas se imaginan que uno lo sabe todo! Contesté al que me preguntó que le agradecería que me informase él mismo sobre la pólvora que se había empleado... Y á propósito, mañana daré en mi laboratorio una conferencia sobre los explosivos, y habrá algunas personas. Venga usted, Pedro, y después dará cuenta á su hermano de lo que oiga, porque es cosa que debe interesarle.

Pedro aceptó después de consultar con la mirada á su hermano; y luego, cuando los dos estuvieron solos y le hubo hablado de su visita á la fábrica, de las sospechas que Salvat infundía, y del juez de instrucción, que acababa de encontrar la buena pista, Guillermo recayó en una fiebre intensa, y apoyada la cabeza en la almohada, con los ojos cerrados, balbuceaba en una especie de pesadilla.

—¡Vamos, se concluyó... Salvat detenido, Salvat interrogado!... ¡Ah! tanto trabajo, tanta esperanza perdida!

IV

Desde la una, Pedro estaba en la calle de Ulm, donde Bertheroy habitaba una casa bastante grande que el Estado le había concedido para que instalase un laboratorio de estudio y de investigaciones, y todo el primer piso se componía de una gran sala que el ilustre químico se complacía á veces en abrir á un reducido número de discípulos y de admiradores, ante los cuales hablaba, hacía experiencias y daba á conocer sus descubrimientos y nuevas teorías.

Para tales casos se colocaban algunas sillas delante de la prolongada y maciza mesa cubierta de aparatos; el hornillo estaba detrás, y varios escaparates llenos de frascos y muestras de todas clases ocupaban toda la circunferencia de la habitación. Alguna gente ocupaba ya las sillas, en particular cofrades del sabio, varios jóvenes, y hasta señoras, y unos cuantos periodistas. Allí se estaba como en familia, saludábase al maestro, y se hablaba con él como en la intimidad.

Cuando Bertheroy divisó á Pedro, adelantóse para estrecharle la mano, y le condujo ante la mesa á fin de sentarle junto á Francisco Froment, que había llegado uno de los

primeros. El joven terminaba entonces su tercer año en la Escuela Normal, y no tenía que dar más que algunos pasos cuando iba á casa de su maestro, á quien consideraba muy respetuosamente como el hombre más sabio de la época. Pedro se alegró mucho de verle, porque aquel gallardo joven, con sus ojos tan vivos y su expresión de inteligencia, le había producido una impresión agradable y profunda desde su visita á Montmartre. El sobrino, por lo demás, dispensó al tío una cordial acogida, contento de poder obtener noticias de su padre.

Bertheroy comenzó: hablaba de una manera familiar, muy sobriamente, resumiendo por lo pronto las investigaciones y los trabajos, considerables ya, que había hecho sobre las materias explosivas. Sonriendo, decía que algunas veces manipulaba pólvoras capaces de hacer saltar todo el barrio; pero tranquilizó á su público, porque era prudente, acabando por ocuparse de la bomba de la calle Godot-de-Mauroy, que transtornaba todo París hacía días. Los restos acababan de ser examinados cuidadosamente por personas expertas, y á él mismo le habían llevado un fragmento para que emitiese su opinión. La bomba parecía muy mal fabricada, estaba llena de pedacitos de hierro, siendo la mecha verdaderamente infantil; pero lo extraordinario era la formidable potencia del cartucho central que por lo pequeño que debía ser, había producido efectos terribles; y preguntábase á qué fuerza destructora incalculable llegaría si se centuplicase la carga. Aquí comenzaba la confusión, y las discusiones acababan de obscurecer el programa; apenas se quería determinar cuál era la naturaleza de la pólvora empleada. De los tres examinadores, uno tan sólo reconocía la dinamita; mientras que los otros dos, sin entenderse, creían en mezclas.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará).

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)





SECCION GENERAL





Los frailes y las monjas en Portugal.

(Recuerdos de mi primera emigración.)

I

En 1858 me encontraba yo en Lisboa huido de España por el cariño que me profesaban varios jueces de primera instancia, mal avenidos con los ideales democráticos. (Ningún español podía titularse por entonces *republicano*, porque este partido estaba declarado ilegal.) Vivían por aquella época en Lisboa algunos otros demócratas que, como yo, preferían andar sueltos por Portugal á residir *alojados* eternamente en alguna de las cárceles de España, donde, por lo común, entonces como ahora, no siempre se ha tratado á los presos políticos con los miramientos y atenciones que se les tiene en todos los países cultos. Los recuerdos que multitud de presos guardan de los castillos de Santa Catalina (Cádiz) y del de Montjuich (Barcelona), de las cárceles del Saladero (Madrid), Granada, Coruña, Sans, Novelda, y de todos los calabozos de los cuarteles de la guardia civil en España, es un testimonio vivo de esta verdad.

Los españoles, pues, que por entonces residían emigrados en Lisboa, eran Sixto Cámara, el escritor Romualdo Lafuente, el abogado sevillano D. Vicente de Caso y Díaz, el catedrático Eduardo Ruiz Ponz, los hermanos José y Antonio Moreno Ruiz, el periplo, dista Bernardo García, Pedro Muñoz Roldán (el *Duende*), industrial de Lucena, *Foquinuito*, tejedor sevillano, el teniente Linaceros y un tal Forcada, que era de Palencia; de todos los cuales sólo vivimos hoy Antonio Moreno Ruiz, residente en Algeciras (Cádiz), según creo (á su hermano José le dieron garrote en Badajoz el 1.º de Septiembre de 1859, juntamente con Victoriano Balaé y los sargentos Hilario Gregorio Dávila y Juan Terreiro), y el que estas líneas suscribe.

Al final del ya citado año de 1858 vivía yo con Sixto Cámara en una modesta casa de la entonces rua dos Zapateiros y hoy Arco da Bandeira, no lejos de la en que habitaban el abogado Caso y Díaz y el escritor Lafuente, en la contigua Traviesa de San Nicolás. El *Duende* (como llamaban á Muñoz Roldán) y Bernardo García recorrían los pueblos de la frontera, haciendo frecuentes entradas en los de España, y Ruiz Ponz residía en Porto, al lado del célebre Argiuelles, otro español que valía por mil, y que, emigrado desde los sucesos de 1849, se convirtió en un eterno *Mecenas* de todos los emigrados demócratas que en épocas de reacción huían á Portugal. En Lisboa salvaban la vida los demás emigrados como mejor podían, pues, no siendo ninguno rico, pasaban días muy amargos. Quiero recordar algo así como que uno de los hermanos Moreno Ruiz, ó Forcada ó Linaceros (no sé cuál de estos tres) educó á un perro de aguas hasta hacerle bailar y brincar al son de la guitarra, que él rasgueaba, acompañándose primorosamente al canto de coplas españolas que los portugueses celebraban mucho. Y así se ganaba la vida en muy largas temporadas nuestro amigo, recorriendo las calles de Lisboa, postulando por todas ellas muy alegre y contento de su suerte, si hemos de creer cuanto muy al por menor nos solía referir algunas noches que le veíamos en el café de la rua de San Paulo, donde de continuo solía gastarse con unas *meninas* (jóvenes) que de antiguo solicitaban sus favores, lo que con tanto trabajo recaudaba de día con ayuda de *Leal*, su perro bailarín y saltimbanqui.

También quiero hacer memoria de que en ocasiones el *Duende* se dedicaba á la venta de pañuelos (*lencus*) de seda, y *Foquinuito* el tejedor daba lecciones de guitarra á la gente maleante del barrio *da Moreria*, entre quienes al parecer vivía, según él muy contento de su suerte *arrastró*, como solía decir con su eterno buen humor, que nunca le faltaba, aunque no tuviese un real.

Pasábamos, pues, la vida muy tranquilos en Lisboa, sin otros sobresaltos que los que trae en sí la falta de dinero, cuando una mañana bien temprano nos despertó la criada, gritando, toda llena de temor y sobresalto:

—¡Señor, señor; me parece que va á haber *pancadas* (palos) en el embarcadero (el muelle, en la Praza do Comercio).

—Pues, ¿qué pasa?—replicó Cámara.

—Que se empeñan los franceses en que desembarquen las monjas y los frailes, y esto no puede ser, aunque lo mande Dios.

En efecto, tenía razón la criada. En Portugal no podían existir las órdenes monásticas, y ni los frailes ni las monjas eran lícitos, y menos ostentando públicamente sus hábitos monacales. La clausura de todos los conventos y casas de religiosos, tanto nacionales como de extranjeros, estaba vigente por la sabia ley de 1833 dada por la reina doña María II, mandada observar con todo rigor por la de 1834, y no derogada desde entonces por ninguna otra disposición oficial.

Se disponía por dicha ley:

- 1.º La clausura de 175 conventos de frailes con 5.501 religiosos y 394 serviciarios.
- 2.º La clausura de 132 monasterios de monjas, con 5.865 religiosas y 414 serviciarias.
- 3.º La confiscación de los bienes pertenecientes á estos 307 conventos; y
- 4.º La exclaustación de estos 11.366 religiosos de ambos sexos (1).

Gracias á esta sabia ley, Portugal pudo variar de régimen y asegurar el sistema constitucional y con él la libertad de que al presente goza, no muy envidiable por cierto.

Habían vertido mucha sangre los portugueses por libertar al país de la familia frailuna y monjil, y no era cosa de dejarse dominar de nuevo por la gente de cogulla y toca. Largos años los absolutistas partidarios del pretendiente al trono que seguían al príncipe don Miguel, habían sostenido fratricida guerra, peleando frente á frente de las huestes de don Pedro IV primeramente, y de las de doña María II después, quien al fin triunfó y supo implantar la libertad, llevando á las leyes un saludable espíritu de civilidad que ponía á la nación al amparo de toda intentona reaccionaria.

Con estos antecedentes, ¿cómo, pues, podían desembarcar en Lisboa frailes y monjas, cuando las leyes del Reino lo prohibían, el rey se oponía á ello y el pueblo en masa protestaba? Esto era lo que nos faltaba saber, y discutiendo sobre el particular nos vestimos aceleradamente y salimos de casa en dirección al desembarcadero. Las gentes invadían las calles, preguntándose unas á otras en qué pararía la contienda. La Praza do Comercio estaba ocupada por las personas más conocidas de Lisboa. Al cruzar nosotros por los arcos del Ministerio de la Guerra, nos topamos con un joven contertulio nuestro del café de la Estrella. Era César da Costa Noronha, entusiasta demócrata, muy amigo de Cámara-

—¿Qué ocurre, César, para toda esta alarma?—le preguntamos.

—Pues todo ello son manejas de los jesuitas, unidos á ese canalla de Napoleón III y á ese apostata de Pío IX. Desde ayer está anclado en el puerto un buque francés que trae á bordo un centenar de padres Paulenses y otro de hermanas de la Caridad con destino á Portugal.

—¿Y el pueblo acepta esta invasión frailuna?

—Protesta de ello.

—¿Las leyes del país tampoco lo permiten?

—Tampoco.

—Pero, si el Gobierno no autoriza el desembarque no habrá cuestión, me parece á mí—, decía Cámara.

—¡El Gobierno!... ¡El Gobierno!... ¿No saben ustedes que esta es obra de los jesuitas? Pío IX pide á Napoleón que imponga los frailes y las monjas en Portugal, y como nuestra pequeñez no puede resistir mandatos de Napoleón III, Portugal tendrá Paulenses y hermanas de la Caridad, aunque le pese. ¡Ya lo creo que los tendrá!

—Pero, ¿aun con la ley de 1833?

—Con esa ley y con otras leyes que lo prohiben, habrá frailes y monjas y cuanto quieran Pío IX y Napoleón III.

—¡Qué vergüenza!—exclamaba Cámara.

—No tiene otro nombre—decía César—; pero un pueblo de cuatro millones y poco más de habitantes no puede declarar la guerra al déspota francés, y se someterá... de grado ó por fuerza.

(1) En Portugal existen desde 1833 unas 4.054 parroquias próximamente, y calculando el número de capellanes cinco por cada una de éstas, resultan 20.270 individuos del clero parroquial para una población de 4.600.000 almas.

La muchedumbre aumentaba. Los corrillos se iban haciendo mayores, y en todos ellos se discutía en alta voz con apasionamiento.

De pronto aparece por el arco de la Rua Augusta, en dirección al embarcadero (el muelle) un regimiento de lanceros, varias secciones de policía y dos compañías de guardias del Ayuntamiento. Era la fuerza pública que venía á proteger el desembarco de los frailes y monjas, ya acordado por el Gobierno, bien á disgusto del pueblo todo, que unánimemente protestaba de la humillación por que se le hacía pasar á Portugal, obligándole á aceptar lo que era injusto á toda ley, y además rechazaba el país por ser impopular en Portugal las congregaciones religiosas.

¿Qué había ocurrido para que al fin el Gobierno cediese á la imposición extranjera? Esta pregunta nos hacíamos la mayoría de los curiosos que llenábamos la Praza do Comercio en aquella mañana tan memorable para Portugal, en que vió conculcadas sus leyes de 1833 y 1834, atropellado su legítimo derecho como pueblo libre, y escarnecida su nacionalidad, puesta á los pies del jesuitismo romano por obra y gracia del apóstata Pío IX y de Napoleón *el pequeño*, que por entonces ejercía en Europa de César... ante los pequeños Estados, y con Portugal mayormente, por la sumisión que le prestaba el marqués de Loulé, jefe de los reaccionarios portugueses.

Los liberales, á quienes alentaban el viejo mariscal Saldanha, el honorable D. Antonio, obispo de Vizeu, el respetable Bramcamp y el conde de Peniche, mostrábanse rebeldes ante la sumisión del Gobierno; pero el marqués de Sá da Bandeira los redujo á la obediencia ante los peligros que traería para Portugal cualquier acto de resistencia contra la política napoleónica, y más teniendo en cuenta el silencio que guardaba Inglaterra, siempre protectora de Portugal, y entonces muy indiferente á los peligros que la amenazaban.

Loulé y Rodríguez Sampaio hacían la causa del Nuncio, siendo lo más particular del caso que el clero parroquial portugués, y entre otros de sus prelados el que regía la Sede de Vizeu, protestaban del arribo á las playas portuguesas de los frailes y monjas francesas

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

QUESTIÓN PALPITANTE

HOY

(Continuación.)

—Yo he tomado parte en algunos movimientos; pero he salido tan escamado, y conmigo otros, que veo algo obscura la manera de decidir á la gente á que vuelva á empuñar el fusil para ponerse á jugar á las barricadas.

—Es preciso que no ocurra nada de eso. Vosotros os batáis por causas políticas, y si entre vuestros directores había algunos dignos de consideración por su buena fe y su abnegación, los más eran unos pillos redomados que en aquellas revueltas buscaban su medro personal, y nada más. Las ideas para ellos no servían sino para encubrir su ambición. Hoy no seremos tan cándidos.

—¿Cómo nos lo hemos de componer en este caso?

—Acudiendo á LA HUELGA GENERAL.

—Ofrece muchos inconvenientes, y el obrero no está bien dispuesto para ello.

—Pues es nuestra única salvación. En cuanto á que el obrero vaya ó no, ni siquiera merece discusión: le empujan á ella sus propios patronos.

—Cosa extraña...

—Lo parece, pero no lo es. El desarrollo de la grande industria convertirá á los pequeños patronos en proletarios, porque no han de poder sufrir la competencia que las sociedades anónimas de capitalistas explotadores les han de hacer. Los obreros, á medida que se inventen máquinas más perfeccionadas, serán arrojados á la calle, y, por consecuencia, al paro forzoso, poniendo los términos del problema tan claros que no puede vacilar en decidirse. De otro modo, sus enemigos provocarán á cada momento guerras para que el ejército proletario se diezme en los campos de batalla; ó procurarán sujetarlo, después de bien embrutecido, deshaciéndose de él de cualquier modo para evitar los graves inconvenientes de sus nerviosos espasmos.

—¡Y que lo que sucede ahora lo parece ya!

—¡Ea, pues, no vacilemos; y puesto que hemos de morir un día ú otro, no lo hagamos sin haber procurado, si no la mejora de nuestra suerte, la de nuestros hijos.

—Cuando decimos que vamos á la *huelga general*, no es que vayamos por ir. Tene, mos un objetivo y un plan que realizar.

—Desde luego lo supongo; pero me parece que no todos andáis acordes... y me alegraría saber, sobre el particular, á qué atenerme.

—En efecto, hay algunos, los llamados socialistas de Estado ó autoritarios, que no quieren por el momento hablar de *huelga general*; porque—dicen—no está el obrero dispuesto para ella, y, además, que trabajar en ese sentido sería atraer los rayos de los gobiernos burgueses sobre las organizaciones obreras, pedestal sobre el cual quieren elevarse algunos vivos, atrapando actas en las elecciones para hacer el juego á los gobiernos sin provecho, ó quizá en perjuicio de los trabajadores. También quieren que cuando ya el horno esté caldeado, y no por su esfuerzo, se constituya una especie nueva de gobierno socialista con el nombre de DICTADURA ECONÓMICA para expropiar á las clases explotadoras, nacionalizando la propiedad y todos los instrumentos de trabajo. Entonces establecerían la jornada de ocho horas, y como se habría abolido el capital, se daría en su reemplazo bonos de trabajo.

—¿Con ellos qué íbamos á hacer para proporcionarnos lo que necesitaríamos?

—Estos bonos servirían para hacer constar el producto del trabajo realizado por cada uno de los trabajadores...

—Y estando trabajando en colectividad, ¿cómo se iba á poder apreciar dicho trabajo?

—No sé, chico; pero, según me parece haber oído á algunos de los defensores de tal sistema, tendría que hacerse una clasificación de profesiones, y dentro de ellas...

—Vaya una algarabía que se iba á armar. Luego que la igualdad tan ensalzada por ellos no se puede alcanzar por esos medios.

—Claro que no. Además vendríamos á caer en los mismos defectos que ahora lamentamos, pues en tanto que por su mejor salud y constitución ú organización cerebral conseguirían unos con el menor esfuerzo rodearse de cuantas comodidades tuvieran á su alcance, otros sin culpa alguna de su parte y con mayor pena carecerían de las ventajas de los demás...

—Sin contar el gravísimo peligro que encierra para la libertad el hecho de hallarse armado todo ó parte del pueblo para sostener un gobierno que, indudablemente, se hallaría formado por los mismos que hoy tanta mano meten en las agrupaciones obreras, dándose aires de directores ó semidioses, puesto que todo lo pretenden explicar, sin enseñar nada, cual si sólo ellos tuvieran el talismán mágico de la emancipación proletaria...

—Que no es, en mi sentir, tal emancipación.

—Pues bien; hay otra fracción importantísima entre los que trabajamos que, con más modestia, pero mayor seguridad, dicen que la reforma de la sociedad, y por consecuencia el bienestar del hombre, está en acercarnos en todo lo posible á la naturaleza...

—¡Pues más cerca que estamos! ¿No formamos parte integrante de ella?

—Sí; pero en nuestra vida práctica no lo tomamos por modelo. Hemos truncado por completo sus eternas leyes por otras basadas en nuestro capricho ó en una mal entendida conveniencia particular, olvidando que el bienestar del individuo está en la prosperidad de la colectividad. Se han escrito infinidad de libros de *economía política*, encaminados á falsear el verdadero principio económico que se enuncia de modo tan sencillo como este: «Todos para uno y uno para todos»; el de la justicia: «Dé cada uno según su esfuerzo, y á cada uno según sus necesidades»; el de la sociedad: «Ni tuyo ni mío: todo es de todos»; el de la libertad: «Ni Dios ni amo: haz lo que quieras»; el de la moral: «Haz á los demás lo que en parecidas circunstancias quisieras se hiciera contigo»...

—¿Y quiénes son los que tal propagan?

—Los anarquistas. Así llamados, porque reniegan de todo gobierno constituido ó que pretenda constituirse...

—Verdaderamente es original todo eso, y no me extrañaría que no fuera bien comprendido.

—Pues es bien sencilla su concepción...

—Por eso, por su misma sencillez, se resiste á quienes estamos apegados á la complejidad en todo y á los prejuicios... ¿Y cómo podrá la sociedad vivir y desenvolverse sin sombra alguna de gobierno?

—Lógicamente pensando, no sé qué falta haga el gobierno. Es regla general que en nuestros actos olvidemos por completo su existencia, obrando impulsados por la costumbre, única fuente de derecho humano. Sólo en casos de excepción nos acordamos de él, y es entonces para maldecirle, tanto los trabajadores como los burgueses que no han hecho de su función un oficio...

—Así es en verdad.

—Nosotros los anarquistas, pues yo también lo soy, no queremos que la moral y la ley y la religión se impongan por la fuerza; porque la moral, como su nombre indica, vale tanto como costumbre, de donde sale la ley que no puede escribirse, porque es variable como las aguas de un río, ni imponerse porque la aceptación de la costumbre es un hecho voluntario ó habitual por influencia del medio; y la religión no tiene nada que ver con la economía ni el derecho á la vida, que debe desarrollarse libre de prejuicios y terrores de ultratumba, creados por imaginaciones enfermas y explotados por mercaderes sin conciencia.

—Todo eso que dices son hechos reales, y, sin embargo, jamás me había ocurrido sacar consecuencias de ellos... ¡A cuántos les pasará lo mismo!

—Es que ahora el hombre comienza á conocerse á sí propio, y de su estudio deduce que él no es ni más ni menos que un reflejo de la colectividad de que forma parte; que sus deseos son los de los otros; sus ansias, sus aspiraciones, sus necesidades, sus virtudes, sus vicios, todo lo halla en los demás y, por reflexión, en él... Pero dejemos esto ahora, porque me falta tiempo para engolfarnos en la serie de razonamientos que nos ocurrirían, y paso á decirte de qué fácil manera podríamos vivir en sociedad sin necesidad de gobierno.

—Ese es el punto que con más interés deseo conocer.

—En lugar de gobiernos constituiríamos, por la necesidad misma de la vida, comisio-

nes administrativas y de estadística, elegidas entre quienes á ello se prestasen por la libérrima voluntad de los amigos y consocios; pero sin más fuerza para mantenerse en el cargo que la confianza de los compañeros, y sin atribución alguna para imponer su voluntad ó su opinión, que aunque lo pretendiera no podría, porque carecería de la fuerza material, no teniendo á su disposición gente armada alguna.

—¿Y cómo podría sostenerse contra las ambiciones de los otros pueblos?

—Claramente se deduce de ello que su establecimiento requiere el concurso de todos los hombres emancipados de los diversos países para derrocar los actuales gobiernos, sean de la índole que quieran.

—¿Y los pueblos salvajes?

—De esos no hay que preocuparse: se hallan mejor dispuestos aún que nosotros para admitir tales innovaciones por la índole especial de su vida con relación á la nuestra. En primer lugar, no conocen el dinero, y esto es una ventaja de inapreciable mérito. Sus tiranuelos dejarían de serlo en el momento que comprendiesen las ventajas de la civilización verdad, lo mismo que sus súbditos. En cuanto su ferocidad, es más que nada excitada por la ferocidad de los actuales civilizadores que, en vez del amor, llevan á aquellas sen cillas gentes la guerra y el veneno.

— De todos modos no deja de parecer algo utópico el establecimiento de la sociedad anarquista tal como indicas. Además es completamente desconocido, porque jamás se ha puesto en práctica...

—En eso no estás del todo bien informado. Se han fundado colonias...

—¿Y cómo han podido desarrollarse en medio de un ambiente tan opuesto?

—No han podido, es verdad, y por el contrario han fracasado la mayor parte, ó todas quizás. En primer lugar, porque no siempre los compañeros que las fundan cuentan con todos los elementos indispensables para poder vivir sin necesidad del apoyo del resto de los hombres, habiendo de emplear el dinero para relacionarse con los otros; y en segundo lugar, porque aun venciendo aquellos inconvenientes, en el momento que su territorio fuera rico y floreciente no había de faltar un ambicioso que pretendiera *cargar con el santo y la limasna*. Además el espíritu de solidaridad que distingue á la anarquía, impone á sus partidarios la obligación de hacer copartícipes de sus beneficios á todos los hombres, y aun á los animales.

—Y las comisiones que mencionaste, ¿qué papel desempeñarían?

—Estas comisiones llevarían el alta y baja de la producción y reclamarían á las otras localidades lo que en ésta escaseara, estando por consecuencia á la recíproca; de modo que el comercio sería un simple cambio de productos.

—Grandes son las ventajas de tal sistema que puede llamarse puramente administrativo.

—Y aún son mayores sus ventajas en lo que respecta á la libre manifestación de la vida en general; el amor, la familia, las pasiones, etc., etc... Pero esto será preferible dejarlo para otro rato en que estemos más despacio.

—Chico, no me cansaría nunca de escucharte... Ideas son esas que á todo el mundo deben agradar, y no acierto á comprender cómo se atreven á pintaros con tan negros colores, cual lo hacen.

—Misericordia de los pobres de espíritu. Vaya ya estamos en el Centro, si quieres puedes entrar.

—Allá voy, pues, chico, así seguiremos departiendo.

ANTONIO CRUZ.

REVISTAS Y PERIODICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

L'Humanité Nouvelle.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neully-sur-Seine.

Revue Franco-Allemand.—45, rue Custine XVIIIe, París.

El Obrero Albañil.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

Freedom.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

Les Temps Nouveaux.—Rue Mouffetar, 140, París.

La Protesta.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

La Defensa del Obrero, Gijón.

El Obrero.—Badajoz.

La Protesta Humana.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Nuevo Ideal.—Maloja, 1, altos, Habana.

El Rebelde.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

La Question Sociale.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

El Obrero.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

El Despertar.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

L'Avenir Sociale.—Messina (Italia).

La Campaña.—Correo, 5, Santiago de Chile.

La Voz de la Mujer.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

A Obra.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

La Aurora.—Piedad, 94, Montevideo.

L'Università Popolare.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

O Protesto.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Río Janeiro.

El Grito del Pueblo.—Avenida Intendencia, 14, Sao Paulo (Brasil).

El Obrero Moderno.—Balsas, 3, Murcia.

L'Avenir.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

Germinal.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

Le Reveil.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

El derecho á la vida.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

L'Agitazione.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

El Acrata.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

La voz del esclavo.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

Palestra Social.—Rua Libero B idaró, 82, Sao Paulo (Brasil).

Federación.—Box, 81, Tampa Flá.

El Productor.—Ferlandina, 49, 1.º, 2.ª Barcelona.

Tribuna Libertaria.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

L'Aurora.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

L'Internazionale.—418-420, Euston Road, Londres N. W.

Ontwaking.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

Neues Leben.—Desdrener-Strasse, 49-II, Berlín, S.

El Siglo XX.—Santiago de Chile.

Fraternidad Obrera.—San Fernando, 70, Cartagena.

La Emancipación.—Coruña.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta.</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.